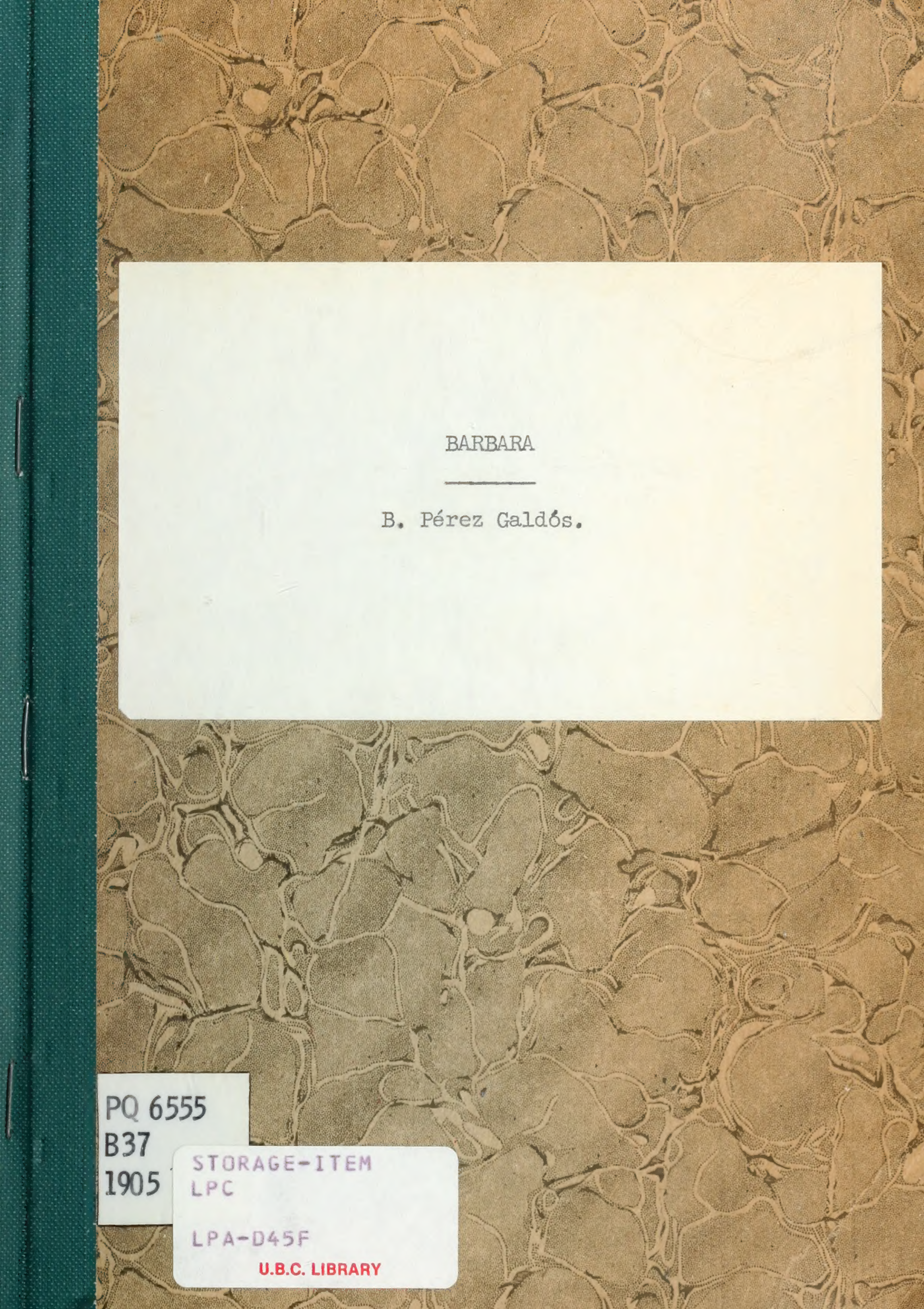
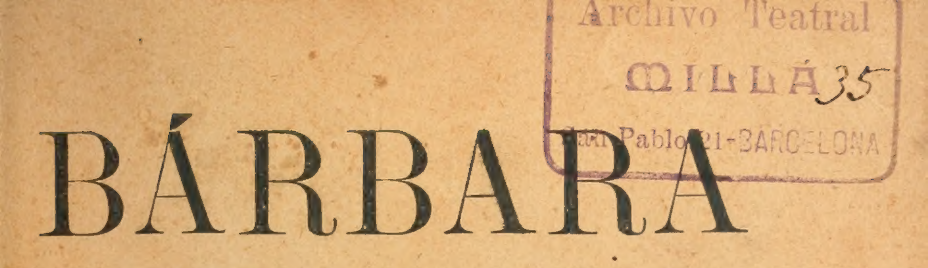


BARBARA

B. Pérez Galdós.



BÁRBARA

TRAGICOMEDIA EN CUATRO ACTOS

POR

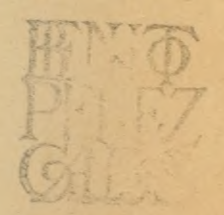
B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro Español, de Madrid,
el 28 de Marzo de 1905



MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
132, Hortaleza
1905

BÁRBARA



BÁRBARA

TRAGICOMEDIA EN CUATRO ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro Español, de Madrid,
el 28 de Marzo de 1905



MADRID
OBRAS DE PÉREZ GALDÓS
132, Hortaleza
1905

PERSONAJES

BÁRBARA, Condesa de Término	Sra. Guerrero.
HORACIO MADDALONI, Intendente de Siracusa	Sr. Díaz de Mendoza (D. F.)
DEMETRIO PALEÓLOGO, caballero griego	Sr. Palanca.
LEONARDO DE ACUÑA, Capitán español al servicio del Rey de Sicilia	Sr. Díaz de Mendoza (D. M.)
FILEMÓN, anticuario, pedagogo	Sr. Santiago.
CORNELIA, su esposa	Srta. Cancio.
ROSINA, su criada	Srta. Asquerino.
EL ABATE SILVIO	Sr. Rivero.
ESOPO	Sr. Mesejo.
MONTANARI, juez	Sr. Guerrero.
TAORMINA, Asesor general de Justicia	Sr. Cirera.
MONSEÑOR SELINONTE, Limosnero de la Intendencia	Sr. Carsi.
EL CONTADOR DE LA INTENDENCIA	Sr. Soriano Viosca.
EL COMISARIO DE MONTES	Sr. Urquijo.
EL VISITADOR GENERAL	Sr. Juste.
UN CAPITÁN DE GUARDIAS	Sr. Cayuela.

Curiales, lacayos, criados, guardias, pueblo.

Siracusa, 1815.

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

C. de San Francisco, 4.

ACTO PRIMERO

Sala de la casa de Filemón en la Acradina, suburbio de Siracusa. Puerta pequeña á la izquierda; puerta mayor al fondo. En las paredes, fragmentos de escultura griega, bajo-relieves, metopas, capiteles, brazos, manos y torsos de estatuas, lápidas funerarias, todo colocado con método en gran profusión. Entre los objetos de arte griego, estantes con libros y legajos indican la erudición y estudio del dueño de la casa. A la derecha, primer término, una mesa cubierta de papeles sirve de escritorio á Filemón. Junto á ella un canapé, estilo Imperio. A la derecha, una mesita donde toman la colación Filemón y Cornelia. Es de noche. Una lámpara colocada en la mesa de estudio alumbra la escena; en la mesita una bujía con pantalla.

ESCENA PRIMERA

FILEMÓN, sentado á la derecha terminando un trabajo; CORNELIA, sentada, lee un librote viejo; ROSINA, que entra y sale durante la escena.

CORNEL.—(Suspendiendo la lectura.) Por el bendito San Jenaro y la Santa Virgen de Loreto, descansa ya, Filemón.

FILEM.—(Soltando la pluma, se restrega los ojos.) Por Latona y sus divinos hijos, ya he trabajado bastante. Felizmente, toco al término de mi afán. ¡Si los dioses propicios...!

CORNEL.—(Vivamente, interrumpiéndole.) Dios, querrás decir... el grande y único Dios.

FILEM.—Digo que si Dios prolonga mi pobre existencia un año más ó dos, dejaré perpetuada en caracteres indelebles esta magna obra. (Pone orgulloso la mano sobre un gran rimero de papeles.) ¡Oh... labor de cuarenta años, substancia de toda una vida, que me asegura la gratitud, la admiración de los siglos venideros...!

CORNEL.—No te ciegue la vanidad, viejecillo mío. Ya sabes mi opinión... Recopilando con arte y paciencia todas las mentiras gentílicas, ¿qué has hecho más que una obra de puro pasatiempo?...

FILEM.—(Recreándose en sus manuscritos.) Aquí, amada Cornelia, se resume aquel mundo de ideal poesía, la deificación de las fuerzas naturales, origen de todo arte, fuente de toda belleza.

CORNEL.—*Vade retro.* No hay arte ni belleza fuera de nuestra sagrada fe.

FILEM.—Distingo... Dice Platón en sus *Definiciones*...

CORNEL.—Al diablo Platón y todos los filosofastros...

FILEM.—*Kalon ti ágaton*...

CORNEL.—Que sólo lo bueno es bello. (Burlándose.) Y lo bueno, ¿qué es?

FILEM.—Pues en el Diálogo Hipias dice el maestro: *Parzenos kale kalon.*

CORNEL.—¿Y eso qué significa?

FILEM.—Que lo bello es... una mujer hermosa.

CORNEL.—¡Qué desvergonzados, qué cínicos eran esos malditos griegos! (Mostrando el libro.) Atengámonos á lo que aquí nos enseña el *Angel de las Escuelas*... *Universalia sunt ante rem et in re*...

FILEM.—Ya he demostrado á mi sabia esposa que Santo Tomás y el buen Platón no son tan enemigos como parece. En fin, más que disertar sobre puntos tan sutiles, nos tiene cuenta ahora... (Entra Rosina por la izquierda con platos y servicio de mesa.)

CORNEL.—Cenar.

FILEM.—Ji, ji: cenemos.

CORNEL.—Vivir es lo primero.

FILEM.—(A la derecha, ordenando sus papeles.) Benditos sean los dioses (Corrigiéndose); bendito Dios, que me ha dado esta descansada vejez, permitiéndome rematar tranquilamente el trabajo de toda mi vida... ¡Y que no es floja tarea, por Júpiter! (Repitiendo con orgullo el título de su obra.) «*Tesoro enciclopédico, sinóptico y alfabético de las divinidades y mitos celestes, terrestres, infernales*, etc., etc., de la antigua Grecia...» Como tú dices, Cornelia, este saber mío, aunque profano, no debe perderse.

CORNEL.—De que no se pierda cuidará Horacio, nuestro sabio Intendente...

FILEM.—El grande artista, el déspota ilustrado que nos gobierna.

Cornel.—Cuidará también la Condesa Bárbara, que se digna costear la impresión.

Filem.—¡Divina Bárbara! Nuestra bienhechora, incansable en favorecernos, quiere ser mi Mecenas.

Cornel.—Y justo será que en el pórtico mismo de tu obra tributes á la Condesa el homenaje de nuestra gratitud.

Filem.—(Gozoso, con cierto misterio.) Como que transmitiré su nombre á la posteridad. (Vuelve á coger algún manuscrito de los que apartó antes.) Verás, Cornelia, verás.

Cornel.—¿Qué es eso? ¿Algún trabajo nuevo?

Filem.—Quería sorprenderte, ji, ji... (Con misterio.) Esto es la noticia biográfica que ha de preceder á la obra... noticias del autor, de mí, que no quiero confiar á nadie, por más que la modestia me obligue á callar más de cuatro cosas...

Cornel.—Naturalmente... Pero la verdad ante todo, Filemón. Busca una manera sutil de elogiarte... con muchísima modestia.

Filem.—(Leyendo rápidamente, á saltos.) «El profesor Filemón Polidoro, nacido en Palermo, criado en Siracusa..., ta, ta... consagró toda su existencia al clasicismo griego... (Rápidamente, casi entre dientes), ta, ta... Rechazó honores, ta, ta, ta... fué un investigador incansable... dió á conocer el mito arcáico de Demeter y Coré; descubrió la Afrodita Urania, ta, ta... Las naciones extranjeras le proclamaron como el más eminente helenólogo y helenógrafo de su siglo... ta, ta, ta... y él... siempre modestísimo, humildísimo, ta, ta, ta...»

Cornel.—No tanta humildad, hijo...

Filem.—Ahora viene lo más interesante... (Lee con claridad, marcando los conceptos.) «Ya de edad avanzada nuestro autor»... me llamo así, *nuestro autor*... «fué solicitado por el Conde de Términi para encargarle la educación de su hija Bárbara. Filemón Polidoro la instruyó en todo lo concerniente á las divinidades del Paganismo, hermosa y sublime ciencia... Y cuando la noble dama entró, por muerte de su padre, en posesión de su corona y riquezas, recompensó los servicios del sabio maestro regalándole este humilde, este plácido retiro...» (Vase Rosina por la izquierda.)

Cornel.—(Alegre.) Muy bien, Filemón... que sepa la Posteridad cuánto debemos á Barberina...

Filem.—Pues oye lo mejor. (Hojeando otro cuaderno.) Ahora viene la dedicatoria... la gallarda inscripción que se pone en la parte más visible de todo monumento...

CORNEL.—(*Curiosa.*) A ver, á ver...

FILEM.—«A la excelsa, á la sublimada señora...» tal y tal... Aquí todos los nombres y títulos... «predilecta hija de Minerva...»

CORNEL.—Bien.

FILEM.—A la que de Juno recibió la prudencia; de Diana, el recato; de Venus, las gracias; de Niobe, las virtudes...

CORNEL.—Yo que tú, Filemón, la enaltecería más que por sus gracias, por sus desdichas...

FILEM.—¡Oh! también.

ROSINA.—(*Entrando con la cena.*) La cena.

CORNEL.—A cenar. (*Dirígese á la mesa.*)

FILEM.—Indico las desgracias con cierta discreción... (*Se sienta á la mesa. Cenan.*)

CORNEL.—¡Infortunada Condesa! Y no me digas á mí que su desgracia es obra de eso que llamáis el destino, la fatalidad...

FILEM.—Destino, fatalidad, ¿qué son? Lo que cada sér lleva en su alma: cualidades, defectos... No me negarás que una parte del infortunio de Bárbara tiene su raíz en ella misma.

CORNEL.—En su carácter impetuoso...

FILEM.—En su imaginación, que podríamos llamar volcánica, como si la hubiera forjado el Etna; en su voluntad sin freno...

CORNEL.—Y en su paganismo...

FILEM.—Eso no, Cornelia: no veamos en las desventuras de la Condesa otra causa que su desatinado matrimonio... Culpa fué de los padres, que, sin consultar el corazón de la pobre niña, la casaron con un hombre odioso, con un hombre indigno.

CORNEL.—Estamos conformes. Ese griego infame ha traído la maldición de Dios á la casa de Términi.

FILEM.—Los señores Condes se deslumbraron con las riquezas de Lotario Paleólogo, adquiridas en el comercio; les fascinó también el nombre sonoro que recuerda á los Emperadores de Bizancio; no vieron su brutalidad, su grosería...

CORNEL.—Lo que yo digo: si alguna vileza humana se pierde, búsquenla en el corazón de ese degenerado bizantino.

FILEM.—En ese antro donde jamás entró un sentimiento noble.

CORNEL.—No pasa día sin que la pobre Bárbara tenga que sufrir desaires, humillaciones, cuando no los ultrajes más soeces. Ayer mismo... no te hemos dicho nada por no disgustarte. Pero conviene que lo sepas. Rosina, cuenta á tu amo la escena escandalosa que presenciaste ayer en Castel-Términi.

ROSINA.—¡Ah, qué paso!... Espanto me dió de verlo, y con el espanto

vergüenza .. Fuí á llevar á la señora Condesa las estampas nuevas de esa diosa que llaman...

FILEM.—Afrodita... con los amorcillos Eros, Pothos é Himeros.

CORNEL.—Déjala que siga... Verás qué amorcillos andaban alrededor de ella.

ROSINA.—Cuando entré en el palacio, el bruto del Conde se entretenía en castigar á su esposa.

FILEM.—(Indignado, haciendo con la mano indicación de castigo.) ¡Castigar... pero castigar!...

ROSINA.—No con la mano, señor... con la brida de un caballo.

FILEM.—¡Oh!

CORNEL.—¿Ves qué abominación?

FILEM.—¡Horror!...

ROSINA.—La Condesa huyó de sala en sala clamando socorro. El bellaco del Conde, detrás, echaba por aquella boca llamaradas del infierno.

FILEM.—¡Sayón, asesino!

ROSINA.—Eso mismo le dijo la señora... Volvióse contra él como una fiera... (Dando á sus actitudes toda la expresión descriptiva.) «Monstruo—le dijo,—merezco la muerte, sí: debo morir por haber consentido en ser esposa de un salvaje, por haberle creído digno de vivir junto á mí... Pero no me des tú la muerte que merezco... es demasiada ignominia morir á tus manos... Trae un verdugo, trae un león, una serpiente venenosa... pero tú no, no.» Esto dijo. El Conde rugía, rechinaba los dientes, revolvía de una parte á otra su mirada feroz... No sé lo que habría sido de la pobre señora si no acuden los criados, y yo con ellos, á sujetar á la bestia...

FILEM.—¿Hay mayor desventura?

ROSINA.—Dejé las estampas sobre el clave y me vine corriendo á casa.

FILEM.—¡Villano!

CORNEL.—Yo digo: el motivo de esta trapisonda no puede ser otro que los malditos celos.

FILEM.—Por Vulcano, que así ha de ser. Habrá llegado á sus oídos el rumor de los galanteos de ese militar español, Leonardo de Acuña...

CORNEL.—Poco á poco... Que el tal caballero español le haga la corte con finura exquisita, no quiere decir que ella...

FILEM.—Justo, no quiere decir que ella... (Concluída la polenta, comen fruta. Beben vino blanco.)

ROSINA.—Pues yo, con perdón, he oído que...

FILEM.—¿Qué has oído tú, bachillera?

ROSINA.—Nada, señor: una cosa muy natural... que mi señora la Condesa... ama al español... aunque... todavía...

FILEM.—Eh... calla, mala lengua.

CORNEL.—Déjame que te explique, Filemón. Los que á tontas y á locas hablan de ese galanteo, sin quererlo se van de la murmuración inocente á la calumnia mansa. Me consta... nadie tiene que contármelo, porque lo he visto... me consta que todas las entrevistas de Bárbara con el español han sido casuales... No negaré que Bárbara...

FILEM.—¿Qué...? ¿Gusta del caballero?

CORNEL.—Síntomas he visto de que en su corazón ha prendido la llama. Pronto arderá locamente. (Rosina recoge los platos; se retira por la izquierda y vuelve.)

FILEM.—¡Ay, ay!

CORNEL.—Pero el amor de Bárbara es platónico, absolutamente platónico... Como declaro y aseguro que es el español el tipo del caballero enamorado, de aquéllos que adoraban á sus damas en el altar del respeto.

FILEM.—De la cepa de los Orlandos y Amadises. Ya. Pero aun siendo el galán como le pintas, convengamos en que los celos de Lotario tienen su por qué.

CORNEL.—No lo tendrían si él fuera un hombre amable, bueno... y no una bestia repulsiva. (Suena un fuerte aldabonazo.)

FILEM.—¡Ay! (Súbito espanto en los tres.)

CORNEL.—¡Jesús!

ROSINA.—¿Qué será esto?

CORNEL.—¿Quién llamará á estas horas?

FILEM.—Es la primera vez, en cinco años, que el aldabón viene á turbar nuestro sosiego. (Otro aldabonazo.)

ROSINA.—¿Abro?

CORNEL.—No... Podrían ser ladrones... Asómate, mira. (Váse Rosina por el fondo.)

FILEM.—(Muy asustado.) Estos días se habla de una cuadrilla que tiene su madriguera en Monte Lauro.

ROSINA.—(Entrando á la carrera.) Señor, señora...

FILEM.—¿Son muchos?... ¿Vienen armados? (Temblorosos se agrupan.)

ROSINA.—Es una mujer... una señora...

CORNEL.—(Con gran asombro.) ¡Señora!...

ROSINA.—Cubierta con un manto... No puedo distinguir...

FILEM.—No abras, no abras... Esos bribones adoptan los disfraces

más extraños para penetrar en las viviendas. (Aldabonazos repetidos y más fuertes.)

ROSINA.—Bajaré... preguntaré...

CORNEL.—No, no... Mira otra vez... (Vase Rosina.)

FILEM.—(Confuso.) ¡Una mujer! ¿Será...? No... Imposible.

CORNEL.—Alguna infeliz que pide socorro... ¡Hay tanta miseria en todo el campo de Catania y en estos valles!

ROSINA.—(Entrando presurosa, sin aliento.) Señor... Es la señora Condesa.

CORNEL.—¡Bárbara!

ROSINA.—La he conocido en la voz. Al verme en la ventana gritaba: «Abrid, abrid... por Dios.»

FILEM.—¿Sola?

ROSINA.—Sola.

CORNEL.—Abre. (Corriendo tras de Rosina.) Voy...

FILEM.—(Deteniéndola.) No, no; tú no. Los salteadores suelen imitar la voz de personas honradas para... Iré yo.

CORNEL.—(Deteniéndose.) Tampoco tú. Aguardemos.

FILEM.—Si es, en efecto, la Condesa... ¿qué puede motivar esta visita?

CORNEL.—Tan á deshora... ¡Dios mío... Virgen Santa de la Cadena!... Preveo una gran desdicha...

ESCENA II

FILEMÓN, CORNELIA.—BÁRBARA, que entra despavorida. En la falda y abrigo cierto desorden y desgarraduras; desorden también en el cabello y peinado á la griega. El rostro lívido y desencajado, la mirada terrorífica, el paso vacilante, la respiración cortada, sin aliento. Acuden á ella Filemón y Cornelia: la rodean, la acarician, la sostienen. Pausa.

FILEM.—¡Bárbara, hija mía!

CORNEL.—¡Niña del alma! (Bárbara, aterrada, vuelve sus miradas hacia la puerta.) Nadie entrará.

FILEM.—¿Has cerrado bien abajo? (Vase Rosina por el fondo.)

CORNEL.—¿Qué ha ocurrido? (Bárbara, ahogada, no responde. Revuelve sus miradas por toda la estancia.) ¿Qué es esto? (Pausa.)

FILEM.—(Entrando.) Cerrado todo... Dinos ahora...

CORNEL.—Te ha maltratado tu esposo, ¿es eso?

BÁRB.—No... (Corrigiéndose vivamente.) Sí... No sé... no sé...

CORNEL.—Sin duda te ha injuriado...

BÁRB.—Sí.

FILEM.—De palabra... quizás de obra. ¡Monstruo!

CORNEL.—¿Y tú?

BÁRB.—Yo... yo... No sé... no sé... (Como indicando que no puede hablar.)

CORNEL.—Descansa, pobre alma. (Llevándola entre los dos al canapé.) ¿Se ha repetido esta noche el altercado de ayer?

BÁRB.—(Después de una pausa en que les mira atónita, divagando, como quien pierde la memoria.) ¿Ayer? ¿Qué deciais de ayer? (Mira al suelo como buscando un rastro de pisadas. Extiende sus miradas en dirección de la puerta por donde entró.)

FILEM.—¿Qué miras, ángel?

CORNEL.—¿Temes que alguien entre?...

FILEM.—Sin duda has venido perseguida... Lotario... dí... Lotario... Ese hombre execrable...

BÁRB.—No sé cómo deciros... Mis palabras están aquí. No quieren, no quieren salir... (Con repentiva efusión.) Cornelia, Filemón, traedme un confesor. (Se levanta bruscamente; recorre la escena con gran excitación, las manos en la cabeza.)

CORNEL.—Sosiégate, por Dios... Angel, ven aquí.

FILEM.—Siempre hemos creído que tu genio arrebatado te traería no pocos males. (Ambos la sujetan, la acarician, la obligan á sentarse de nuevo.) Procura serenarte, recobrar la claridad de tu juicio...

CORNEL.—(Queriendo animarla con palabras familiares, humorísticas.) Y al fin resultará que todo ello no es más que alguna simpleza, pequeñeces, que agranda tu imaginación desbordada.

FILEM.—Sí, sí: eso es. (Fingiendo jovialidad para animarla.) Tu padre decía: «Tenemos en Sicilia dos volcanes: el Etna y mi querida hija.»

BÁRB.—Dios me hizo á semejanza del volcán de nuestra isla. No puedo contener dentro de mí la verdad. Mis pasiones, mis odios y afectos, brotan de mí en ráfagas ardientes... Soy sincera. No sé disimular; no sé tragarme á mí misma. Sin duda soy mala. (Excitándose.) ¿Verdad que soy mala?

CORNEL.—No, hija mía.

FILEM.—Quizás tu culpa no sea tan grave.

BÁRB.—¡Oh! sí: grave culpa. (Con idea fija.) Traedme un confesor.

CORNEL.—A esta hora no es fácil. Mañana...

FILEM.—Pon tu confianza en mí, en tu viejo preceptor, que si no podrá absolverte, podrá al menos consolarte...

CORNEL.—(Examinando los desgarrones de la ropa.) Bien claro está que la reyerta ha sido violentísima...

FILEM.—Ese vil... Ante todo, dime... ¿En ese altercado...? La verdad, hija mía, la verdad. Has dicho que eres sincera.

BÁRB.—Nada ocultaré.

FILEM.—Pues dime: ¿ha figurado, ha tenido parte en ese... en ese escándalo el capitán español don Leonardo de Acuña, que... que... te requería de amores?

BÁRB.—(Sorprendida.) No, Leonardo no...

CORNEL.—¿De veras? Tú le favorecías con amor contemplativo, platónico: lo sé... pero amor al fin... me lo has dicho... y muy arraigado en tu corazón.

BÁRB.—(Vivamente, protestando.) Leonardo no. He sido yo, yo sola... El capitán salió esta mañana de Siracusa. ¿No sabíais que el Gobierno... el Rey... le ha mandado á la costa de Albania á reclutar gente, hombres, soldados para...?

FILEM.—Para organizar partidas volantes, sí, sí... que hostiguen á las tropas de Murat, rey intruso de Nápoles. Esto se ha dicho.

CORNEL.—De modo que... ¿Pero de veras partió...?

BÁRB.—Sí... Yo bajé á la ciudad muy temprano, y desde el muro de la ciudadela de Carlos V, que domina el puerto, ví al capitán en el muelle... Le despedían los Franciscanos, que son sus mejores amigos... le ví entrar en la embarcación... La embarcación, momentos después, dió al viento todas sus velas... Triste, mirando siempre al mar, volví yo á Castel-Términi, y en mi balcón... en mi balcón pasé no sé cuánto tiempo viendo la nave... viendo la nave avanzar lentamente por el mar azul... Mis ojos la siguieron hasta que las velas blancas no eran más que un punto muy chiquito en el horizonte... Desapareció, y aún lo veía yo... (Suspirando, vuelve sus miradas al suelo, apoya los codos en las rodillas y la cabeza en las palmas de las manos. Filemón y Cornelia se miran y suspiran hondamente.)

CORNEL.—¿Y antes de su partida, ayer, en los días últimos, el capitán no tuvo algún encuentro, algún choque...?

BÁRB.—Nada. (Vivamente.) Os lo aseguro... Ningún choque... No, no es eso...

CORNEL.—(Impaciente.) Descartado el español, dinos...

BÁRB.—(Como trastornada.) ¿Pero no lo sabéis ya? ¿Es forzoso decirlo palabra por palabra? ¿No comprendéis?

CORNEL.—Casi lo adivinamos.

FILEM.—El ogro maldito llegó tal vez á extremos de brutalidad...

CORNEL.—Y en un momento de obcecación, de arrebato...

FILEM.—Pero, al fin, reconocerá su falta.

CORNEL.—Se arrepentirá...

BÁRB.—No se arrepentirá. (Con voz grave.) Ya no puede arrepentirse... ya no puede... (Cierra los ojos, como queriendo sustraerse à una visión penosa.)

FILEM.—(Aterrado.) ¿Pero qué ha sucedido?

CORNEL.—¿Dónde está tu esposo?

BÁRB.—¡Esposo...! (Con voz tétrica.) El lazo que nos unía, para él como una rienda, para mí como un dogal, se ha roto... lo he roto... yo. (Estupor de Filemón y Cornelia.)

FILEM.—¡Tú!

CORNEL.—¿Cuándo?

BÁRB.—(Mirando al suelo.) Yo me hallaba sola...

CORNEL.—¿Sola... dónde?... Explica...

BÁRB.—Sola estaba yo... (Confusa.) Os he dicho que salí de mi casa.

FILEM.—No lo has dicho.

CORNEL.—Bueno: saliste de tu palacio... ibas sola... De pronto se presentó Lotario ante tí... Sentiste sorpresa, disgusto...

BÁRB.—Sentí...

FILEM.—No precipitar el relato... ¿Tú saliste de Castel-Términi antes de anochecer?

BÁRB.—Sí... Ansiaba encontrarme sola en la Acradina al morir de la tarde, al nacer de la noche... Salí de Castel-Términi sin que nadie me viera. Fuí á las ruínas del Teatro griego; del Teatro pasé al Nimfeo; de allí al bosque sagrado...

FILEM.—(Vivamente.) ¡Oh! es lugar harto solitario, peligroso...

CORNEL.—(Con tristeza.) En aquella soledad paseabas una tarde conmigo... Encontramos al galán español... Sospecho que se hizo el encontradizo... Te ofreció un ramito de flores rústicas, cogidas en el templo de Ceres.

BÁRB.—(Como alelada, afirmando vagamente.) Sí... amapolas, adormideras.

FILEM.—Adelante.

BÁRB.—Atravesé el bosque de pinos y subí á la roca cercana para ver el Cielo. Ya era de noche... Resplandecía Venus al Poniente... La constelación del Cisne y su hermosa Cruz brillaban sobre mi cabeza; por Oriente, el caballo de Pegaso siguiendo á Perseo y Andrómeda. Yo amo las estrellas; las creo divinidades vivas... No me cansaba de contemplarlas... les pedí

que mantuvieran la serenidad del Cielo, la quietud de los vientos y de la mar.

CORNEL.—Al mar y al Cielo pedías que en toda esta noche fueran propicios á los navegantes.

FILEM.—¿Y después?

BÁRB.—Pasé junto á la Necrópolis... descendí de nuevo al bosque... Al entrar en la sombra del follaje espeso, tuve miedo...

FILEM.—Lo creo: es lugar obscuro, misterioso...

BÁRB.—Por los claros de los árboles ví las ventanas de Castel-Término... mis habitaciones alumbradas... No me daba prisa por volver á mi casa. Aborrezco mi propia casa... ¿Veis qué desdicha? Odio el lugar de sufrimiento, la cárcel de mi alma...

FILEM.—En la selva tenebrosa se te presentó de improviso Lotario.

BÁRB.—(Excitándose.) Allí, allí. (Gradualmente va bajando la voz hasta llegar á un tono de secreteo medroso.) Noté que el rumor de mis pisadas sobre las hojas no sonaba solo. Otras pisadas sentí. Eran las suyas. Se acercó con andar de gato, vomitando injurias; se irguió ante mí de improviso. Vestía traje griego con arreos de caza... Un pavor que no puedo expresaros se apoderó de mí. Tanto como le odiaba, le temía...

CORNEL.—¡Infeliz mujer!

BÁRB.—Hizo presa en mi brazo con fuerza brutal. Tiró de mí para llevarme á Castel-Término... casi me arrastraba... En su hablar atropellado, restallaban los terminachos más soeces... Ved mis ropas desgarradas y manchadas del lodo del suelo, menos inmundo que el alma de Lotario.

FILEM.—¡Oh, ya veo!

CORNEL.—Tu horroroso espanto no te permitió defensa alguna, ni protesta.

BÁRB.—No podía nada... La cobardía me paralizó. «No me maltrates, no me injuries,» le dije. Y él... ¡villano! Al verme sumisa, su maldad cambió de forma... sus caricias repugnantes, acompañadas de palabras groseras, despertaron en mí la energía... ¡un pudor frenético, instintos de fiera, furor de destrucción! (Alzando la voz briosa.) ¡Oh, qué alegría ser salvaje, poder morder, desgarrar con mis uñas, con mis dientes al bestial monstruo que quería profanarme!... Forcejeamos un instante; resbaló, cayó al suelo. Al cinto llevaba un cuchillo de monte... En menos que se dice, yo... (Indica con un gesto la acción de arrebatar el cuchillo.) Mi mano ágil, mi mano fuerte... (Indica la acción de matar.) ¡No fué mi mano; fué un rayo del cielo!

CORNEL.—¡Jesús, Jesús! (Consternados ambos.)

FILEM.—¡Desdicha inmensa! (Pausa.)

BÁRB.—No se si retiré el acero... Creo que no. Huí despavorida.

CORNEL.—¿Pero estás segura de haberle dado muerte?

BÁRB.—Volví á donde Lotario yacía... No sé por qué volví. Me movió un sentimiento, no sé... piedad, lástima... Acerquéme despacio, queriendo ver, temiendo ver, y ví... Como tonel abierto, el cuerpo se desangraba, inundando el suelo... En sangre nadaban las hojas secas... Yo temblé... La compasión me llenaba el alma... ¡Oh, pobre Lotario!... (Reproduciendo mentalmente la escena.) ¿Quién te dió muerte? Mi mano fué movida de una fuerza que venía... qué sé yo... de arriba quizás... ó de los profundos abismos. No me culpes, no me mires... Quiero resucitarte... quiero que tus ojos cuajados recobren su brillo... Resucita, Lotario... resucita. (Da algunos pasos como si huyera de una visión.) No, no: déjame... no vivas, no me mires, no corras tras de mí... Vuelve al charco de sangre, bárbaro, verdugo mío. Vete. (Se tapa los ojos, los oídos.) No quiero verte, no quiero oirte.

FILEM.—(Acudiendo á ella.) ¡Hija mía!

CORNEL.—No delires. (Ambos la abrazan.)

BÁRB.—Llevadme lejos... escondedme en lugar hondo, obscuro.

FILEM.—Sí... ven... nada temas.

BÁRB.—(Con súbito terror, mirando su ropa.) ¡Mi vestido... manchado...!

CORNEL.—(Examinando su falda.) De fango, de sangre no.

FILEM.—Miraremos bien... No, no hay manchas de sangre.

BÁRB.—Mirad, mirad bien. (Examínanle los brazos, las manos.)

FILEM.—(Queriendo llevarla al canapé.) Ven aquí... sosiégate.

BÁRB.—(Bruscamente, mirando la suela de uno de sus zapatos, en la cual cree ver mancha de sangre.) ¡Ah! aquí... Mirad. (Se quita el zapato y lo arroja lejos.) Pisé las hojas encharcadas. (Se mira el otro zapato, y quitándoselo, lo arroja.) Aun descalza, mis pasos irán estampando por toda la tierra la imagen de Lotario muerto. (Da algunos pasos, descalza, por la escena.) ¡Oh! escondedme... quiero dormir, quiero olvidar.

CORNEL.—¡Sí, pobre alma! (La conducen al canapé.)

FILEM.—Quiéraslo ó no, has de descansar.

BÁRB.—Obligadme, sometedme.

CORNEL.—Aquí... Reclínate. (La obligan á recostarse.)

FILEM.—Así, así. (Le pone un cojín en la cabecera.)

CORNEL.—(Suspendiendo los pies de Bárbara, la coloca en postura horizon-

tal.) ¡Así, pobrecita mía!... Te arroparemos. (Cubriéndola de rodillas abajo con el chal.) Así, así.

BÁRB.—(Con ternura y acento infantil.) Filemón, Cornelia, acariciadme, arrulladme como cuando era niña...

CORNEL.—Sí, sí... Pero antes... (Dirígese á la izquierda y rápidamente da órdenes á Rosina.)

FILEM.—Te arrullaremos, te adormeceremos.

BÁRB.—(Dolorida, echando de menos á Cornelia.) Cornelia, ¿dónde estás?

CORNEL.—(Volviendo presurosa.) Aquí, mi vida.

BÁRB.—Volvedme al dulce tiempo de mi niñez. Cuando, rendida del trajín de mis lecciones y de corretear locamente por el jardín, me entregaba al descanso, tú, Cornelia, me agasajabas en mi camita, me hacías rezar, rezando tú...

CORNEL.—Y ahora lo mismo. (Entra Rosina con una poción. Va Cornelia á recogerla, y vuelve junto á Bárbara.)

BÁRB.—Tú, Filemón, me referías el cuento de los pobres niños extraviados en el monte obscuro y salvados por el hermanito... Tú, Cornelia, me arrullabas con aquel dulce cantar... (Repite un canto de dormir niños.)

CORNEL.—(Repitiendo el canto y ofreciéndole la poción.) Bebe, y el sueño será contigo.

BÁRB.—Tú me bendecías, me arrullabas, llamabas al Angel de la guarda para que velara junto á mí... me hacías creer... (Bebe) me hacías creer que el ángel extendía sus alas sobre mí (Se inicia en ella el desvanecimiento), y yo... escondía mi cara entre las plumas... me agarraba á las plumas...

FILEM.—Y dormías con dulce sueño.

CORNEL.—Ahora también. (Repite el canto de niños.)

BÁRB.—(Vencida gradualmente de la sedación.)... Me rinde el cansancio... me desvanezco... se me duermen las ideas... se me duerme la memoria... ¡Oh, memoria, duérmete!

FILEM.—¿Ves qué efecto saludable...?

CORNEL.—Velaremos tu sueño.

BÁRB.—(Adormeciéndose.) ¡Oh, dulcísima pereza...! Mi cuerpo desmaya, se rinde... ¿Es esto dormir, es esto morir?

CORNEL.—(Repitiendo quedamente el canto, le pone la mano sobre los ojos.) Duerme, niña mía, duerme con el ángel. (Bárbara, rendida, se adormece. Filemón y Cornelia, andando de puntillas, se apartan á la izquierda.)

FILEM.—(Hablan entre sí en voz muy queda.) El caso es gravísimo. Lo arreglaremos de modo que cuando se descubra la muerte del

desdichado Lotario, no recaigan en la Condesa ni aun las sospechas de los más maliciosos... Engañaremos al tirano mismo, al sutil Horacio.

CORNEL.—Difícil será. (Sigilosa, acercándose á Bárbara.)

FILEM.—Parece que su pobre cuerpo goza de algún descanso...

CORNEL.—Duerme. ¡Venturoso sueño! (Vuelve junto á Filemón.)

BÁRB.—(A media voz, sin moverse ni abrir los ojos.) Arrulladme, adormecedme.

CORNEL.—(En voz muy baja.) La verdad quedará oculta.

FILEM.—Diremos, probaremos... que la Condesa vino á visitarnos por la tarde... y...

CORNEL.—¿Pero lo creerán?

FILEM.—Créanlo ó no, lo mismo da. ¿Quién osará, quién, acusar á la Condesa?

CORNEL.—Nadie. Resultará que el Conde ha muerto á manos de salteadores...

BÁRB.—(En sueños.) Venus, hermosa Venus, astro de la tarde... Espléndidas luces del Cisne...

CORNEL.—Sueña con las estrellas... Ya descansa.

FILEM.—¡Infame Lotario... todos te aborrecen! No habrá un solo siciliano que quiera esclarecer tu muerte con la luz de la pura justicia.

BÁRB.—(En sueños, con voz apagada.) Leonardo.

FILEM.—Nombra al capitán.

BÁRB.—(Moviéndose en el lecho, como á punto de despertar y con voz entonada, amorosa.) Leonardo.

CORNEL.—Le llama con voz amante.

BÁRB.—(Levantándose súbitamente, despavorida, con fuerte voz y desconociendo el sitio en que se encuentra.) ¡Leonardo!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Vestíbulo de la residencia del Intendente Horacio Maddaloni. Al fondo, cuatro columnas dóricas ó jónicas, restos de un templo griego, aprovechados en las nuevas construcciones. A la derecha, dos puertas: la de primer término conduce á la biblioteca, la otra á las oficinas. A la izquierda, segundo término, puerta que conduce á las habitaciones privadas de Horacio. Al fondo, fuera de las columnas, alguna estatua ó grupo, trípodes y monumentales vasos griegos. En todo se revela el buen gusto y las aficiones del dueño de la casa. El foro es un paisaje combinado de rocas y grupos de papiros. A derecha é izquierda del foro, paso para el exterior. Mesas y sillones de estilo Imperio. Suelo de mosáico. Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

HORACIO, seguido de SILVIO, sale por la izquierda y va al encuentro de DEMETRIO, que llega por el foro derecha.

HORACIO.—Sea bien venido el poderoso señor, Demetrio Paleólogo.

DEMETRIO.—¡Horacio Maddaloni! (dándole los brazos) ¿eres tú?... El demonio que te conozca.

HORAC.—Vuestro amigo de otros días...

DEMET.—¡Y que no has variado poco, por Cristo! (Mirándole bien.) Eras humilde, pobretón... y ahora...

HORAC.—Obra de mis años, de mis buenos servicios...

DEMET.—Te casaste, ¿verdad?

HORAC.—Casado soy... y feliz.

DEMET.—Bien, Horacio, bien. (Observando el edificio.) Vives en grande... ¡Qué transformación!... Todo es nuevo para mí en Siracusa, después de quince años de ausencia.

HORAC.—¿Y habéis tenido un viaje feliz?

DEMET.—Así, así... La mar brava, como á mí me gusta... ¿Podré marchar pronto á Palermo?

HORAC.—(Á Silvio.) ¿Has dispuesto el viaje?

SILVIO.—Todo á punto, señor.

HORAC.—El Rey quiere que partáis sin demora.

SILVIO.—¿Comerá el señor antes de partir?

DEMET.—No me opongo: hay que mirar por la vida.

HORAC.—(Presentando á Silvio.) Mi sobrino y secretario el abate Silvio, teólogo, políglota, poeta... Sus buenas prendas y mi protección le llevarán pronto á un principado de la Iglesia...

DEMET.—Adelante, hijo, y por San Nicéforo, no te quedes corto.

HORAC.—Que dispongan la comida en la sala de Hércules.

SILVIO.—Al instante. (Vase Silvio por la derecha.)

ESCENA II

HORACIO, DEMETRIO: se sientan ambos.

DEMETRIO.—No me canso de mirarte... de admirarte. ¿Con que... el aventurero de aquellos días de revueltas y libertinaje es hoy nada menos que el árbitro de la justicia en Siracusa?

HORACIO.—Así lo ha querido nuestro augusto Rey Fernando IV, hoy Fernando I de Sicilia.

DEMET.—La Intendencia que gobiernas abraza dos valles...

HORAC.—Tres: Siracusa, Notto y Catania. Su Majestad me ha confiado la parte más díscola de su pequeño reino.

DEMET.—(Riendo.) ¡Y el revolucionario de ayer, el discípulo de los jacobinos franceses, hoy!... Déjame que me ría.

HORAC.—Es el tiempo, señor, que del sedimento de las revoluciones hace las tiranías.

DEMET.—Tiranuelo eres... y como tiranuelo, curioso... Vamos: rabiando estás por saber á qué vengo yo á Sicilia.

HORAC.—Venís á traer al Rey los auxilios de dinero que, para sostener la guerra, le ofrecen los sicilianos que habitan en Egipto y en Asia Menor.

DEMET.—Vengo á eso... pero no á eso sólo. Rabia: no lo aciertas.

HORAC.—Venís á recoger la parte que os toque en la herencia de vuestro desgraciado hermano Lotario, Conde de Términi.

DEMET.—Rabia, rabia. La herencia de mi hermano me interesa poco.

Horac.—Nada supone para vos: sois riquísimo... Venís tal vez á reiterar las indagaciones, á perseguir... el descubrimiento de los matadores de Lotario.

Demet.—Doy por válida y concluyente la versión de que pereció á manos de ladrones. Calabria los cría y Sicilia los junta.

Horac.—Es cierto.

Demet.—Dime otra cosa: ¿amabas tú á mi hermano?

Horac.—Permitidme, señor, que no os oculte la verdad. Nadie le amaba en Siracusa.

Demet.—Su carácter duro y sus modos brutales no ganaban los corazones. Era, como yo, áspero, poco sufrido, despótico.

Horac.—Os rebajáis, señor. Sois demasiado modesto.

Demet.—(Altanero.) ¿Modesto yo? ¡Mala peste con la modestia!... (Fosco y tenaz.) Soy siempre el mismo: eternamente joven, eternamente bárbaro y eternamente insaciable en mis apetitos.

Horac.—Para satisfacerlos, contaréis con Dios, con la Providencia...

Demet.—Eso sí. (Transición á la santurronería.) ¡La protección divina!... (A media voz, sacando del pecho unas medallas, pendientes de una cadena.) Concédanme su favor los benditos San Isaac y San Nicéforo, y la Madona de Sitza. (Besa las medallas, mascullando un rezo.)

Horac.—(Esperando á que acabe el rezo.) Sois religioso.

Demet.—(Guardando las medallas.) Son religiosos los que nada poseen y los que tienen mucho que perder.

Horac.—(Avivada su curiosidad.) Pues sed también sincero, y decidme á qué venís á Siracusa á más de...

Demet.—Dime tú antes: ¿la aplicación de la justicia un día y otro, no te hace desgraciado?

Horac.—Señor, la justicia tiene sus encantos. Os diré más: la justicia es un arte...

Demet.—¡Un arte! (Escandalizado.) ¡Oh!

Horac.—No me refiero á la justicia perfecta, ideal, que no existe más que en el Cielo. La de la tierra es de pura relación, y nunca puede ser un acto de estricta conciencia.

Demet.—Ya...

Horac.—Actúa con mil trabas, anda siempre del brazo de la oportunidad, del interés del mayor número; se apoya también en sentimientos tan nobles como la amistad; en la belleza misma, en el buen gusto...

Demet.—(Comprendiendo.) ¡Ah, truhán! Ahora recuerdo que eres artista. Antes coleccionabas pucheros, medallas y monedas, camafeos baratos...

HORAC.—Hoy poseo estatuas griegas de primer orden, esmaltes bizantinos, magníficas armas... El arte es mi pasión.

DEMET.—(Sentándose.) Bien, Horacio: ya voy entendiendo tu arte de la justicia, y por dónde se te ha de coger. Tu corrupción es bella. No eres un gobernante vulgar.

HORAC.—Creo lo mismo.

DEMET.—¿Me darás lealmente los informes que voy á pedirte?

HORAC.—(Sentándose junto á él.) Preguntad, señor.

DEMET.—Has dicho que nadie amaba á mi hermano.

HORAC.—Nadie le ha llorado.

DEMET.—No dirás eso por su mujer, que, según pública voz, está inconsolable...

HORAC.—Transcurridos los meses de luto, la pobre Condesa continúa en su vida solitaria, melancólica. Aunque no tenía motivos para amar á su esposo, ha sentido su muerte; le ha llorado y le llora.

DEMET.—Bárbara es buena... al menos como tal me la figuro yo.

HORAC.—Remedo fiel de la divina Penélope, que personifica la fe conyugal.

DEMET.—(Con bárbara ingenuidad, que le hace parecer infantil.) Así lo creo. Figúrate mi indignación, cuando llegaron á mis oídos los infames rumores...

HORAC.—(Curioso.) ¿Qué... qué decían por allá?

DEMET.—En Esmirna, hallándome de estación con mi caravana, un siciliano vil se atrevió á decirme que Bárbara había pagado un asesino...

HORAC.—(Con fingido espanto.) ¡Para dar muerte á su esposo! ¡Qué villana impostura!

DEMET.—¡Virgen de Sitza, no sé lo que me pasó al oirlo!... Me cegué...

HORAC.—Le arrancaríais la lengua...

DEMET.—No quise entretenerme. Fué más expedito cortarle la cabeza.

HORAC.—Muy bien.

DEMET.—(Resolviéndose á una confidencia importante, que le cuesta trabajo.) En fin, Horacio... ya no quiero hacerte rabiar más. (Con timidez de hombre salvaje.) Ello es que... no sé cómo decírtelo.

HORAC.—Señor, ¿me permitís que me adelante? ¿No os incomodáis si adivino vuestro pensamiento?

DEMET.—¡Con mil demonios, no me incomodo!... Al contrario.

HORAC.—Mi arte es general, y de la justicia se extiende á todo el rei-

no de las pasiones humanas. En cuanto hablásteis de la viuda de vuestro hermano, comprendí que os gusta, que...

DEMET.—No la he visto desde que era niña. No sé si ella se acuerda de mí: yo nunca he podido olvidarla... Corrieron los años. Cuando supe que se casaba con Lotario, la envidia entró en mí. Lléveme el diablo si oculto la verdad... Una envidia sorda, roedora... polilla que me iba taladrando el corazón. Por no volver á Sicilia, por no ver á Lotario casado con esa divina hembra, me metí más en los trajines del comercio, y extendí mis expediciones al Oriente remoto, á la Persia, al Afghanistan, á la India... Al saber la muerte de Lotario á manos de bandidos, en mi corazón se daban de cachetes... así, así, dos sentimientos bien distintos, como el día y la noche... la pena por mi hermano muerto, la alegría de ver á Bárbara libre... Esta es la humanidad.

HORAC.—Así es: la presentáis en todo el esplendor de su bella desnudez.

DEMET.—En Corfú, los días últimos, no me hartaba de contemplar el magnífico retrato de Bárbara, vestida á la griega antigua, que posee mi tía la Condesa Cataldi.

HORAC.—A la hermosura que habéis contemplado en efigie, supera la realidad como el sol á la luna.

DEMET.—(Con gran viveza, apretándole el brazo.) Bien, Horacio: ya que ahora no puedo verla, por estas condenadas prisas de mi viaje á Palermo, quiero que tú...

UN CRIADO.—(En la puerta de la izquierda.) El señor tiene dispuesta la comida.

DEMET.—(Levántase.) Voy. (Oyese rumor de voces en el foro.)

HORAC.—¿Qué voces son esas? (Dirígese hacia el fondo.)

DEMET.—(Para sí, perplejo.) ¿Qué me llama con más fuerza, la querencia de entenderme con Horacio, ó el hambre? (Después de una corta vacilación.) Comeré. (Da algunos pasos hacia la izquierda.)

ESCENA III

HORACIO, DEMETRIO; SILVIO por el foro derecha.

SILVIO.—Señor, los Padres Franciscanos solicitan veros.

HORAC.—(Contrariado.) ¿Otra vez el pordioseo de esos insufribles cogullas?

DEMET.—(Parándose.) ¿Qué piden?

SILVIO.—Se les acabaron los recursos, y se les han vaciado las despensas. Pretenden que les deis pan y legumbres para la semana.

HORAC.—(Iracundo.) No puedo... no hay fondos.

DEMET.—(Retrocediendo.) Ea, por San Isaac, no chilles tanto. Yo les doy víveres para tres meses.

HORAC.—Ilustre señor, sois la Providencia de éstos infelices mendicantes... Comed tranquilo. Ya os habéis ganado vuestro pan de cada día.

DEMET.—¡Sí que me lo he ganado, sí, por Cristo...! (Vase mascullando un rezo.)

SILVIO.—También os pide audiencia el capitán Leonardo de Acuña.

HORAC.—(Con súbito interés.) ¡El español! ¿Ha venido con los frailes?

SILVIO.—Con ellos viene el que con ellos vive. Recibidle, hablad con él, y confirmaréis lo que os he dicho.

HORAC.—¡Oh, sí! Tengo su visita por muy interesante. ¿Has hablado con él?

SILVIO.—Dos palabras no más. Ya sabéis que es poco comunicativo. Por lo que he podido entender, esta visita es para deciros que abandona el servicio de Su Majestad.

HORAC.—¿Es indolencia... ó es locura?

SILVIO.—Atacado está, según dicen, de locura mística. ¿Le mando pasar?

HORAC.—Sí, que pase al instante. (Vase Silvio. Queda Horacio meditabundo.) Capitán Acuña, ¿qué significa esa determinación? Lo que sea necesito saberlo sin demora.

ESCENA IV

HORACIO, LEONARDO; después SILVIO, MONTANARI y ESOPO. Entra Leonardo por el foro derecha, de uniforme. Saluda cortesmente. Espera que se le mande pasar.

HORAC.—Adelante, señor Capitán: tanta honra como placer recibo de vuestra visita. Sabed que accedí, con creces, á las peticiones de esos buenos religiosos, por vos, antes que por ellos. Son

vuestros amigos; os han dado asilo. ¿Qué mejor motivo para que yo, en nombre de Dios, les ampare?

Leonardo.—Señor Intendente de los tres valles, me honráis mucho más de lo que merece este pobre soldado.

Horac.—Por vuestro noble comportamiento en la guerra y en las difíciles comisiones que habéis desempeñado, digno sois de todos los homenajes.

Leonardo.—(Inclinándose.) Señor...

Horac.—Y en nombre del Rey os doy expresivos parabienes. (Inclínase de nuevo Leonardo.) Y satisfecha la cortesía, ahora entra la severidad. ¿Es cierto lo que oí...? ¿que dejáis el Real servicio?

Leonardo.—A eso vengo, señor: á suplicaros que transmitáis á Su Majestad mi resolución de abandonar la vida militar.

Horac.—Al Rey os liga un sagrado juramento.

Leonardo.—El plazo de mi compromiso con el Rey de Sicilia ha espirado ya. Desde ayer soy libre.

Horac.—(Severo.) Está bien... Decidme: ¿desde que volvísteis de Albania os encerrásteis en los Franciscanos?

Leonardo.—Sí, señor.

Horac.—La vida claustral, sombría y tediosa, pugna ciertamente con la libre alegría militar.

Leonardo.—(Con calma y tristeza en toda la escena.) Desconozco, señor Intendente, esa libre alegría.

Horac.—¿Habéis tenido algún disgusto grave antes ó después de vuestro viaje á la costa de Albania?

Leonardo.—La vida humana, bien lo sabéis, no es un tejido de venturas.

Horac.—Muy extraño me parece que en todo este tiempo no se os haya visto en Siracusa por parte alguna.

Leonardo.—Anhelaba la quietud, el silencio.

Horac.—Y en esa soledad lúgubre, habéis madurado el propósito de cambiar de vida.

Leonardo.—Sí, señor.

Horac.—Permitidme que sea indiscreto... que penetre atrevidamente en vuestro interior... (Mirándole fijamente.) Veo, Capitán, veo... una conciencia turbada.

Leonardo.—Tal vez.

Horac.—Y relaciono ese estado particular de conciencia con la exaltación que, según me han dicho, padecéis... Me figuro que os aferráis demasiado al rigor de los principios. Esto no es prác-

tico, caballero Acuña. Conviene huir de las abstracciones; conviene que nos acomodemos á la realidad...

LEONARDO.—Así lo hago yo. No hay realidad para mí fuera de los dos sentimientos esenciales: el Honor, la Fe.

HORAC.—Sí: muy santo, muy bueno; pero...

LEONARDO.—(Vivamente.) Fe y Honor fueron siempre la inquebrantable ley de mi familia. Yo no hago traición á mi nombre ni á mi raza. (Conteniéndose.) Perdonadme... os importuno... Si queréis. os explicaré los motivos de mi renuncia...

HORAC.—No es ocasión. Ya hablaremos despacio. Entre tanto, aceptaré vuestra renuncia *sub conditione*. Pero he de reteneros mientras no sepa que el Rey se digna daros licencia. Comprenderéis que es forzoso emplear ciertas formalidades.

LEONARDO.—Me someto gustoso á cuantas formalidades estiméis necesarias.

HORAC.—Extenderéis vuestra renuncia alegando los motivos... Si no tenéis prisa, me permitiré rogaros que aguardéis á que yo despache asuntos más perentorios. (Entran Montanari, con papeles de un proceso, Silvio y Esopo.)

LEONARDO.—Estoy á vuestras órdenes.

HORAC.—Dignaos pasar á la biblioteca. Mis libros, mis colecciones artísticas y numismáticas, harán más breve el rato que os tenga de espera.

LEONARDO.—Gracias, señor.

HORAC.—Acompáñale, Silvio, y vuelve aquí. (Saluda Horacio; Leonardo se va con Silvio por la derecha, primer término.)

ESCENA V

HORACIO, MONTANARI, ESOPO; después SILVIO, DEMETRIO.

MONTANARI.—(Dirigiéndose á Horacio.) Esta causa...

HORACIO.—Aguarda. (Permanece frente á la puerta, siguiendo los pasos á Leonardo y Silvio.)

MONTAN.—(Retrocediendo al fondo.) Esopo, ¿ocurre alguna novedad?

ESOPO.—Los Padrotes han vuelto al convento; el Capitán no.

MONTAN.—Si no vuelve, mejor para tí.

ESOPO.—(Displicente.) Es muy aburrido vigilar frailes.

MONTAN.—De mejor gana vigilarías á las monjas, ¿eh?

Esopo.—Ni monjas ni frailes divierten al hombre solitario.

Montan.—Sobre todo, desde que se les han secado las bodegas.

Horac.—(Á Silvio, que vuelve por la derecha.) ¿Ha dicho algo?

Silvio.—Ni una palabra. Con vago mirar examina las colecciones.

Horac.—(Acercándose á Esopo y Montanari.) ¿Quién de vosotros afirmó que Bárbara no le ha visto en los Franciscanos?

Montan.—Yo dije que le ha visto de lejos, en el coro, en los Oficios.

Esopo.—Y le miraba como miran las beatas al santo que adoran en la cornisa.

Horac.—¿Aseguráis que no se han visto de cerca, que no se han hablado?

Esopo.—El lego Sempronio, encargado allí de espantar á las mujeres, me ha dicho que la Condesa quiso entrar...

Montan.—Pero es evidente, lo sé, que el Prior no le dió permiso.

Horac.—Está bien.

Silvio.—¿Queréis que vuelva yo á la biblioteca? Procuraré entablar conversación.

Horac.—No es preciso. Dejémosle... Fijaos en mis órdenes. (Da las órdenes en voz baja.)

Demetrio.—(En la puerta de la izquierda, mascullando una fruta del postre.) ¿Se han ido ya esos reverendos moscones? ¡Peste del mundo! Acosado por ellos vengo desde Palestina.

Montan.—(Aparte á Horacio.) ¿Nada más?

Horac.—Nada más. Sacas del archivo la causa del Conde Lotario... y... (A Silvio y Esopo.) Vosotros, ya sabéis... (A un signo de Horacio se retiran los tres.)

ESCENA VI

Horacio, Demetrio.

Demet.—¿Has concluído?

Horac.—Perdonadme, señor. Daba las órdenes para que se anuncie á los Franciscanos vuestra limosna. Estáis empeñado en una empresa espiritual... No es prudente menospreciar las influencias de los de arriba...

Demet.—(Meditabundo.) El Cielo... lo espiritual... mujeres piadosas... frailes que rezan. (Vivamente.) Horacio, aumenta la li-

mosna. Dales sustento para seis meses... Y ahora, solos otra vez, ¿podremos seguir tratando del negocio mío?

HORAC.—Abordémoslo, señor, con toda claridad. (*Permanece en pie.*) Amáis á la viuda de Lotario y queréis hacerla vuestra esposa.

DEMET.—Tú lo has dicho.

HORAC.—¿Y cuál es vuestro plan?

DEMET.—¿Mi plan? Ninguno. Todo lo harán mis santos tutelares y tú.

HORAC.—Pero...

DEMET.—(*Vivamente, con autoridad ejecutiva.*) Horacio Maddaloni, cuando yo vuelva de Palermo, todo debe encontrarse resuelto y concluído. Quiero que á mi regreso sepa Bárbara mi adoración de su persona; que sus vacilaciones, si las hubiere, estén reducidas á un decidido consentimiento, y no te digo más.

HORAC.—Bien, señor. Ya sabe la Condesa que sois muy rico.

DEMET.—Mucho más que lo fué mi hermano.

HORAC.—Monopolizáis el tráfico de granos...

DEMET.—Monopolio de granos, de pieles, de telas y drogas de Oriente, y de... (*Mete la mano en el pecho y saca unas bolsitas que abre.*) Espérate un poco... ¿Entiendes de perlas?

HORAC.—Entiendo y colecciono. Poseo algunas muy lindas.

DEMET.—(*Muestra un hilo de gruesas perlas, suspendido de sus dedos.*) ¿A que no son como las mías?... Observa esa igualdad, ese oriente.

HORAC.—Esto es un sueño, señor. Lleváis aquí una millonada.

DEMET.—(*Sacando gruesas perlas.*) Vaya, truchimán: escoge una pareja, y de ahí no pases.

HORAC.—(*Examinando las perlas.*) Señor, si vuestra generosidad no pone límites á mi buen gusto...

DEMET.—Aprovéchate... ¡Cuándo te verás en otra!...

HORAC.—Pues tomo... éstas. (*Las toma.*)

DEMET.—(*Coge vivamente la mano de Horacio para mirar lo que ha elegido.*) A ver... á ver. ¡Ah! perro, me has quitado dos pedazos del alma.

HORAC.—Vos me las dais... No quito nada.

DEMET.—A fe que no eres tonto.

HORAC.—Ya lo sabíais, señor.

DEMET.—Tengo más, mucho más de lo que has visto: diamantes, esmeraldas, rubíes, zafiros... (*Guarda las bolsitas.*)

HORAC.—Ya veo, ya veo el deslumbrador camino para llegar al corazón de la viuda. Señor, poned en mis manos este negocio, y...

DEMET.—¿Lo arreglarás conforme á mi deseo?

HORAC.—Dadme libertad y tiempo...

DEMET.—¿Y dándote libertad, plenos poderes y tiempo...?

HORAC.—Bárbara será vuestra.

DEMET.—Bien. Pero este servicio... Hablemos claro... no será gratuito.

HORAC.—Naturalmente. Habrá que buscar cierta armonía entre vuestra opulencia y la enorme dificultad de la empresa que acometeré por vos.

DEMET.—(Comprendiendo.) Ya, ya... He de tratarte á lo comerciante. Así me gusta á mí. (Suena una campana lejana. El sonido trae á la mente de Horacio una idea.)

HORAC.—¿Queréis ver á la Condesa?

DEMET.—(Turbado, con gran desasosiego.) ¿Cuándo... dónde?

HORAC.—La veréis, sin que ella os vea.

DEMET.—(Inquieto y medroso.) Aun así, temo que he de turbarme. Mi tosquedad, mi barbarie, me hacen tímido. ¿Y dónde, dónde?

HORAC.—Todas las tardes va á los Franciscanos.

DEMET.—(Señalando por la derecha.) Que están ahí.

HORAC.—Sale de Castel-Términi apenas suena el esquilón...

DEMET.—Ya ha sonado, ya... (Vuelve á sonar la campana.) Sale de Castel-Términi...

HORAC.—Por aquí la veo pasar siempre. (Mirando al fondo.) Aún no viene. Sería lástima que hoy faltase...

DEMET.—(Mirando también.) No la veo...

HORAC.—Aguardaremos.

DEMET.—Sí, y en tanto... (Muy inquieto y nervioso.) Por la Madona de Sitza, dime pronto tus condiciones .. (Vivamente.) ¿Quieres estatuas, pinturas, camafeos, armas...?

HORAC.—En Rodas, lo sé, comprásteis por poco dinero una estatua mutilada.

DEMET.—¡Ah! sí... Dicen que es Diana en el baño.

HORAC.—¡Un torso espléndido... admirable expresión de pudor...!

DEMET.—¡Pero si no tiene cabeza!

HORAC.—No importa: por el dibujo que he visto, paréceme obra de Praxiteles.

DEMET.—Te advierto que tampoco tiene manos. En Corfú la dejé, arrumbada con otros pedazos de mármol... Y ahora que me acuerdo... También le faltan los pies.

HORAC.—Pues manca y coja y acéfala, esa figura será para mí.

DEMET.—Para tí... Y que la Madona de Sitza aumente tus colecciones.

HORAC.—*Amén.* También poseéis una Venus *Callipige.*

DEMET.—(En la actitud de una mujer que se levanta la falda mirando hacia atrás.) ¿Una que está así?

HORAC.—Es linda, picante. La tengo por obra de Scopas.

DEMET.—Del mismo diablo será. A mí esas bellezas de piedra no me dicen nada. Si no supiera que valen dinero, las cambiaría por cualquier aldeana viva, aunque fuera mal formada, bizca y con el aliento... impuro. En fin, tuya es la Venus.

HORAC.—(Que ha mirado por el fondo.) ¡Ah! ya viene.

DEMET.—(Con nervioso estremecimiento.) ¡Bárbara!

HORAC.—(Señalando al foro izquierda.) Miradla... allí.

DEMET.—¿Dónde, cuerno de Satanás?

HORAC.—Más allá... cerca del Calvario, junto á un grupo muy alto de papiros.

DEMET.—(Con espasmo de admiración.) ¡Oh, señora mía! ¡Cuánta nobleza en vuestra persona! ¡Qué andar majestuoso!

HORAC.—Bárbara es un ángel desterrado del Cielo.

DEMET.—(Vivamente.) ¡Pues que no vuelva, no!... al Cielo, no... Y perdone la Madona de Sitza. (Se persigna y murmura una oración.)

HORAC.—Sosegaos, señor. La angelical dama será vuestra.

DEMET.—Mía será. ¿Cerramos trato?

HORAC.—Cerramos trato. Basta por una parte y otra la palabra honrada. (Se dan las manos.)

DEMET.—Valga la palabra como escritura. Y si faltaras á tu compromiso, ¡ay de tí, artista de la justicia y gobernador de las pasiones! (Le aprieta la mano.) Si me burlas, encomiéndate á Dios, encomiéndate al Diablo. (Apretando más, le sacude la mano. Horacio protesta.)

HORAC.—¡Ay, ay! (Dolorido.) Soltad, por Cristo. Me lastimáis.

DEMET.—Para que te quede memoria de mí, de nuestro convenio. Lo dicho, dicho.

HORAC.—Y hecho.

DEMET.—Vuelo á Palermo... veo al Rey... vuelo después hacia acá. (Entra Filemón por el foro, y se desliza por la izquierda sin que le vean.)

HORAC.—Adiós: os acompañaré hasta que montéis á caballo. La Fortuna es vuestra.

DEMET.—Mía siempre: oro, fuerza, valimiento...

HORAC.—Todo lo humano.

DEMET.—(*A gritos.*) No me basta. Quiero también lo divino: ¡Bárbara! (*Vase por el foro derecha seguido de Horacio.*)

ESCENA VII

SILVIO, FILEMÓN; después HORACIO.

FILEM.—(*Con gran curiosidad.*) Ese bruto... ¿es Demetrio Paleólogo?

SILVIO.—Hablad con más respeto.

FILEM.—Por Cástor y Pollux, ¿sabes á qué viene?

SILVIO.—Antes decidme vos qué buscáis aquí.

FILEM.—(*Turbado, dudando.*) Pues... querido abate... venía... vengo...

SILVIO.—Hace un rato íbais con la Condesa hacia los Franciscanos.

FILEM.—Sí.

SILVIO.—Y perdísteis el viaje.

FILEM.—No lo niego.

SILVIO.—Os dijeron que el interesante caballero...

FILEM.—(*Vivamente.*) Está aquí. ¿Ha venido el Capitán por su propio impulso, ó es que...? ¿Le ha llamado el Intendente? (*Entra Horacio.*)

SILVIO.—No sé. Mi señor y jefe os lo dirá.

FILEM.—(*Saludando á Horacio.*) Señor ilustrísimo...

HORAC.—Tranquilícese mi buen anticuario... Ya he visto que vuelve tu señora. (*Señalando el fondo izquierda.*)

FILEM.—Desolada.

HORAC.—Corre á calmar su desasosiego. Dile que en mi casa puede ver al Capitán...

FILEM.—Volaré á su encuentro. ¡Pues no agradecerá poco...! (*Vase presuroso por el foro.*)

SILVIO.—¿De veras consentís que aquí...?

HORAC.—¿Por qué no? (*Con misterio.*) Para fines de justicia, de supremo arte de justicia: tú no comprenderás esto, pobre Silvio... Necesito saber si, en efecto, la excelsa señora arde en amoroso fuego...

SILVIO.—¿Y aquí la observaréis?

HORAC.—Yo no: tú. Mientras hablan el caballero español y la Condesa, tú entretienes con pláticas amenas á la esposa de Filemón. No seas huraño, hijo, y haz un discreto hermanaje de la galantería y la religión.

Silvio.—Ya, ya... La señora Cornelia es mujer lozana...

Horac.—Te la llevas á dar una vuelta por el jardín y las rocas marmóreas... y desde allí observas con ojos de lince y oído sutil...

Silvio.—Ya vienen.

ESCENA VIII

Los mismos.—Bárbara, Cornelia y Filemón.

Filem.—(A Bárbara, que viene presurosa, inquieta.) ¿No lo crees? Pues aquí tienes á nuestro poderoso amigo...

Bárb.—¡Horacio!

Horac.—(Con gran reverencia.) Gran señora, celebro con el alma esta nueva ocasión de rendiros todos mis homenajes.

Bárb.—(Que aún permanece inquieta.) ¡Oh!... buen Horacio, sabes corresponder á los beneficios que recibiste de mi padre y de mí.

Horac.—(Con mayor rendimiento.) No necesito ofreceros una vez más mi persona y mi valimiento.

Bárb.—(Melancólica.) Gracias. Mi tristeza me mueve á la gratitud más que me movería la felicidad si la tuviera.

Horac.—(Cariñoso, llevándola aparte para hablarle á solas.) ¿Por qué no confiáis á vuestro leal amigo las penas que os amargan?

Bárb.—No gusto de acercarme á los poderosos.

Horac.—Si me hubiérais dicho: «Horacio, quiero esto... deseo hablar con una persona que...» yo, creedme, os habría franqueado la puerta de los Franciscanos.

Bárb.—(Con emoción.) ¡Oh, gracias! ¿Con que tú...?

Horac.—Sí: una eventualidad favorable me permite facilitaros la entrevista que deseáis.

Bárb.—Gracias otra vez y mil, Horacio. Vivo en mortales dudas... Quiero verle para saber... Perdona que no entre en más explicaciones...

Horac.—Ni yo las necesito. Apremia el tiempo, señora. Permitid ahora que me retire.

Bárb.—(Pasando junto á Cornelia, gozosa.) ¡Cornelia, al fin...!

Horac.—(Cogiendo del brazo á Filemón.) Si el primer helenólogo de Sicilia quiere ver mis últimas adquisiciones... (Coge del brazo á Filemón y se le lleva por la derecha.)

ESCENA IX

BÁRBARA, CORNELIA, SILVIO, LEONARDO.

SILVIO.—(A Cornelia, con urbanidad refinada, cultista.) Más sonoros que los murmullos de vuestra modestia, señora, son los gritos de la Fama pregonando vuestro saber.

CORNEL.—(Con extremos de modestia.) ¡Oh!...

SILVIO.—¿Conocéis mi disertación sobre la abstinencia de los goces, ilustrada con lugares de San Gregorio Nacianceno, de San Hilario y de los profanos Filón y Aristóteles?

CORNEL.—La he leído, y me habéis parecido más fuerte en la erudición que en la doctrina.

BÁRB.—Señor abate, decidme: ¿esperaré aquí mucho tiempo?

SILVIO.—No, señora mía. (Le señala la puerta de la derecha.) Mirad á esa puerta, que es el Oriente por donde aparecerá el sol que anheláis.

BÁRB.—Por ahí... (Fija los ojos en la puerta.)

CORNEL.—(Completando su juicio.) Prodigáis las citas; bien se os pueden aplicar las palabras de San Pablo: *Græcis ac barbaris, sapientibus et insipientibus debitor sum.*

SILVIO.—(Modesto y galante.) Acato y agradezco vuestro sabio dictamen.

BÁRB.—(En expectación ansiosa, clavados los ojos en la puerta.) ¡Por allí...! Días pasados desde que no le veo, ¿cuántos sois? Ya mi memoria no sabe contaros... No veo nada... ¡Oh, sí! Alguien viene. (Pausa. Medrosa se acerca más á la puerta. Aparece Leonardo y se detiene en el umbral. Ambos se miran perplejos, silenciosos. Silvio y Cornelia se alejan hacia el foro.) ¡Leonardo!

LEONARDO.—(Inmóvil, como deslumbrado.) ¡Visión celeste!

BÁRB.—¡Al fin...! (Corriendo hacia él con arranque amoroso.)

LEONARDO.—(Avanzando.) Dios lo quiere. (Se abrazan, permaneciendo mudos, vencidos de la emoción.)

SILVIO.—(En el fondo.) Respetable y lozana señora: si gustáis de contemplar los restos de la antigüedad pagana...

CORNEL.—El gentilismo no es de mi devoción. Enseñadme monumentos cristianos, la tumba de algún mártir...

SILVIO.—Por aquí. (Se alejan; desaparecen por el foro.)

ESCENA X

BÁRBARA, LEONARDO.

BÁRB.—¡Suprema dicha después de agonía tan larga!

LEONARDO.—Verte es el bien; verte es la luz, el Cielo... (*Se sientan frente á frente.*)

BÁRB.—Ingrato, ingrato... ¿Por qué desde tu regreso de Albania has permanecido oculto en el convento?... ¿Por qué evitabas verme?

LEONARDO.—Razones de suprema delicadeza... razones de conciencia me movían á encerrar nuestro amor dentro del puro pensamiento escrito.

BÁRB.—Tus cartas, sobre todo las últimas, me revelan exaltación, desvarío, una tristeza fúnebre...

LEONARDO.—Las tuyas me han revelado una turbación hondísima; miedo á la verdad, Bárbara; á una verdad funesta que ni yo ni tú osábamos mencionar por escrito. Ya es tiempo de que abordemos, así... así... tu rostro frente al mío; mis miradas cruzadas con las tuyas, el espantoso infortunio que nos ha traído la Fatalidad.

BÁRB.—(*Con grande aliento.*) Sí, Leonardo mío: pon frente á mí la verdad que estremece y anonada. Acúsame... Aquí me tienes... De tí acepto el fallo terrible... el castigo si es menester.

LEONARDO.—¡Si te acuso menos de lo que crees! ¡Si no te condeno!... En rigor, no debo condenarte.

BÁRB.—(*Con espontaneidad repentina y seca.*) ¿Cómo lo supiste?

LEONARDO.—Enterado del suceso mucho antes de salir de Albania, no necesité más para tener exacto conocimiento de todo... de todo, amada mía... ¿No sabes que yo te llevaba en mi alma, que tus sentimientos eran los míos, tus ideas mis ideas?

BÁRB.—Del mismo modo te llevo yo á tí en mi alma... ¡Siempre conmigo, Leonardo... siempre tu pensamiento en el mío!

LEONARDO.—Mi voluntad en tu voluntad. ¿Qué mejor explicación puedo darte de que yo adivinara...? Separados estaban nuestros cuerpos. Nuestras almas, comunicadas y regidas por efluvios misteriosos, formaban un alma sola, y de todos sus impulsos, de todos sus actos, eran igualmente responsables. ¡Si

la tragedia estaba en mi voluntad, cómo no adivinar la tragedia!

BÁRB.—(Con estupor, viendo venir la idea.) Pero... no pensarás que...

LEONARDO.—Culpable fuiste... yo lo fuí más.

BÁRB.—(Espantada.) No, no..., tú no.

LEONARDO.—¿No te acuerdas, amada mía? El día anterior á tu delito nos vimos en el pórtico del Teatro griego, al caer de la tarde. Noche serena descendió sobre nosotros, rodeándonos de soledad y misterio. Habló nuestro amor saltando de labio en labio.

BÁRB.—Habló nuestro amor, declarando su pureza inmaculada... (Nerviosa, se levanta.)

LEONARDO.—Mientras existiera entre nosotros la barrera del honor, del deber...

BÁRB.—Sí, sí... y nombramos al monstruo, y yo dije...

LEONARDO.—(Vivamente los dos, quitándose uno á otro la palabra de la boca.) Fuí yo quien dijo: «Es preciso matarlo.»

BÁRB.—Yo, yo lo dije antes que tú.

LEONARDO.—No, no: yo fuí el primero que expresó la idea terrible... yo, yo.

BÁRB.—Falso. Recuerda bien. Yo dije esto: «¿Para qué viven los que en la tierra no producen ningún bien, ninguna alegría?»

LEONARDO.—Y yo contesté: «Deben morir, deben perecer.»

BÁRB.—Pero no dijiste que se le matara.

LEONARDO.—Sí, lo dije.

BÁRB.—No, no.

LEONARDO.—Lo dije con toda el alma. Mi ciega pasión anhelaba destruir todo obstáculo.

BÁRB.—No, mil veces no. Yo fuí quien habló de muerte. Aquí está mi memoria para dar testimonio...

LEONARDO.—(Con solemnidad.) Aquí está mi conciencia, que con voz clara y terrible me dice que fuí el verdadero matador de Lotario.

BÁRB.—(Protestando airada.) Falso... No es verdad.

LEONARDO.—Un espíritu dueño del tuyo, dueño también de tu voluntad, dió el impulso á tu mano.

BÁRB.—Pero ese espíritu no pudo ser el tuyo. (Con gran ternura.) Tú eres generoso y bueno...

LEONARDO.—(Con intensa melancolía.) Pongamos en nuestro amor la piedad que uno y otro merecemos... Soy criminal... Por criminal me tuve al conocer la muerte de Lotario; y cuando volví

de Albania y pisé tierra de Sicilia, los remordimientos encendieron en mí las llamas del Infierno... Luchaban mi amor y mi conciencia como fieras incansables, á cual más iracunda... En mi soledad, tu imagen bella no me abandonaba... Te veía sumisa, triste, menos culpable que yo, mucho menos... pobre mujer, débil y amante, que obedecías por exaltación de amor el mandato mío. Del fuego de ese amor me valí yo infamemente para encender en tí la llama del delito... Matarle yo por mi propia mano siempre habría sido acción criminal, pero en algún modo noble, caballeresca... Pero incitar al crimen á la mujer amada... ¡oh, cobarde, villana acción! No, no puede ser... El hombre es el que mata... la mujer nunca.

BÁRB.—¡Oh! calla, calla, por Dios: ten piedad de mí. Recobra tu serenidad, recobra la paz de tu alma.

LEONARDO.—Ya estoy sereno, ya... Recobro la paz de mi alma entregando mi vida miserable á la justicia humana.

BÁRB.—¡Entregarte tú... inocente!

LEONARDO.—(Con exaltación.) He faltado al honor, he atropellado las leyes del honor que mi padre grabó en mi alma... He pisoteado la ley cristiana que me enseñó mi santa madre... Abrazado á la memoria de aquella mujer de inmaculada virtud, he podido buscar y hallar en la fe religiosa el consuelo de mi espíritu y el alivio de mis tormentos.

BÁRB.—(Consternada, echándole los brazos al cuello.) Por Dios, Leonardo, vuelve en tí; despierta de ese horrible delirio...

LEONARDO.—Yo no deliro, amada mía.

BÁRB.—¡Acusarte tú, Leonardo!... No puede ser, no será... no lo consiento.

LEONARDO.—(Con firme convicción.) Debo y quiero hacer por tu alma y la mía lo que hizo Cristo por toda la Humanidad.

BÁRB.—Padecer.

LEONARDO.—Padecer y amar... todo es lo mismo.

BÁRB.—(Apartándose de él.) ¡Ah! Ya olvidaba que eres español, de esa raza de hidalgos extravagantes, enloquecidos por la leyenda caballeresca: de esa raza en que hombres vigorosos se lanzan á ideales batallas contra enemigos imaginarios, y consumen su vida en ensueños de perfección ó de santidad insana.

LEONARDO.—Caballero soy, caballero cristiano, y como cristiano y como caballero he de restablecer en el altar de mi alma lo que villanamente arrojé de él: el Honor y la Fe.

BÁRB.—Pero no harás lo que has dicho. Acusarte no.

LEONARDO.—Mi resolución es inquebrantable. No te obstines en disuadirme de ella.

BÁRB.—No lo harás.

LEONARDO.—Lo haré: tan cierto como nos alumbra el sol.

BÁRB.—(Afligida, desesperada.) No me amas, no me has amado nunca.

LEONARDO.—Con loca pasión te amé. Quiero reanudar el vínculo de amor en mejor espacio...

BÁRB.—¿Dónde?

LEONARDO.—Allí donde sin sombra de mal alguno pueda el amor nuestro ser divino, inefable.

BÁRB.—Divino, inefable, puede ser aquí. (Le abraza, queriendo conquistarle por la ternura y la pasión humana.) Idolo ingrato... ¿no te halaga la idea de pasar junto á mí toda la vida que nos resta? ¿Tan poco vale esta mujer que no la sobrepones á tu loca idea del Honor y de la Fe?... ¿No me ves? ¿Mi rostro, mi aliento, la luz de mis ojos, no son nada para tí?

LEONARDO.—(Dejándose vencer por un instante, como si cediera á los halagos de ella.) Encanto mío, ilusión mía: tu rostro, tu aliento, tu mirada, son toda la Naturaleza, son toda la vida terrenal... son... (Rechazándola de improviso.) No, no... Yo quiero para los dos vida más alta.

BÁRB.—Fundémosla en nuestro amor, en nuestra unión eterna... Huyamos.

LEONARDO.—(Con bravura.) ¿Huir yo? ¡Qué locura! Soldado, jamás volví la cara al peligro; pecador, miro con semblante sereno la expiación que Dios me envía.

BÁRB.—(Con más energía.) Huyamos. (Le coge de un brazo; quiere llevársele.)

LEONARDO.—Imposible.

BÁRB.—Salgamos sin que nadie nos vea.

LEONARDO.—No. (Forcejean.)

BÁRB.—Yo lo quiero, yo lo mando. (Aparece Horacio en la puerta de la izquierda, segundo término.) ¡Horacio!

ESCENA XI

Los mismos.—HORACIO.

HORAC.—Perdonadme, señora. Vengo á cumplir un deber de justicia.

BÁRB.—Bella y soberana es la justicia cuando practica la divina ley.

HORAC.—Vos amáis la ley.

BÁRB.—Tanto como temo á los ciegos que la ejecutan.

HORAC.—Indagaciones recientes nos han revelado al matador de vuestro esposo. Capitán, sois culpable.

LEONARDO.—Vos lo decís y basta.

BÁRB.—Falso, falso... Yo soy la única culpable.

HORAC.—Señora, por salvarle os acusáis... ¡Hermosa abnegación!

BÁRB.—No es abnegación... es la verdad.

LEONARDO.—(Con entereza.) La verdad he dicho. El culpable soy yo.

HORAC.—Os creo, Capitán; creo en vuestra culpa.

BÁRB.—(Consternada, suplicante.) Horacio, compadéceme. Quiero su libertad, la pido, la reclamo.

HORAC.—La tendréis... Calmaos. Soy vuestro mejor amigo. Confiad en mí. (A Leonardo.) Daos preso. (Leonardo saca su espada para entregarla.)

BÁRB.—(Con grande aflicción.) ¡Quiero su vida... que es mi vida!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Explanada entre el palacio de la Intendencia y el jardín de Horacio. Dan sombra á la escena corpulentos pinos, que se extienden hasta un término lejano formando bosque.—A la izquierda, la Intendencia, de estilo Renacimiento, con pórtico saliente y doble escalinata: una de las ramas de ésta se desarrolla frente al público. En primer término, junto á la Intendencia, un edificio estrecho, de estilo normando, con una sola puerta, reforzada de hierros: es la cárcel.—A la derecha, en un muro adornado con bajo-relieves de la antigüedad helénica, la puerta del jardín de Horacio. Rosales trepadores plantados dentro extienden sus ramas floridas por el caballete.—Hacia el fondo, á la derecha, en una clara del Pinar, se ven las ruínas del templo de Ceres.—A mayor distancia, por entre los troncos de pinos, se divisa la ciudad de Siracusa, y tras ella una faja de mar.—En primer término, frente al jardín de Horacio, un banco de piedra. Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

SILVIO, EL CONTADOR DE LA INTENDENCIA, EL COMISARIO DE MONTES, EL VISITADOR GENERAL, que salen del palacio de la Intendencia; después ESOPO. Oyese rumor lejano de alegría popular.

CONTADOR.—(Mirando á la ciudad.) Veloz como el rayo corre la noticia por toda Siracusa.

COMISARIO.—Y según el parte, fué la más descomunal batalla que ha visto Europa.

SILVIO.—Feroz pelea entre titanes.

VISITADOR.—Repetid, querido abate, pues ya lo olvidé, el nombre de ese pueblo glorioso.

Silvio.—Waterlóo.

Los tres.—(Repitiendo con acento solemne.) ¡Waterlóo...!

Contad.—Horacio estará contentísimo.

Silvio.—Como que este suceso viene á dar realidad á sus ideas. Dice Horacio... (Agrúpanse los tres, ansiosos de oirle) que la caída del coloso cambiará la faz del mundo.

Comisar.—Que todo volverá al estado primero, ¡justo!

Silvio.—Que en las naciones europeas, hombres y cosas serán lo que fueron antes de la funestísima Revolución francesa. (Asienten todos con aspavientos.)

Esopo.—(Sofocado, por el foro: trae en el cinto un manojo de llaves.) Por mi bendita madre, que hacía falta este Waterlóo... falta hacía... para quitar penas. El mundo es cada día más triste. (Se limpia el sudor de la frente.)

Silvio.—Esopo, ¿has comunicado todas las órdenes?

Esopo.—Si hablaran mis piernas, os dirían lo que han corrido. Orden al puerto para que empavesen los barcos; orden á la Ciudadela para que hagan salvas; orden á frailes y monjas para que repiquen las campanas; orden á la Santísima Catedral para que se cante el *Te Deum*...

Silvio.—Falta la orden al Síndico para que mande poner en cada plaza un tonel de vino.

Esopo.—(Con viveza.) Por Baco y sus pellejos, esa orden no me dísteis.

Silvio.—Creí que la adivinabas, que la presentías.

Contad.—Ya estás andando, buen Esopo.

Visitad.—¡Alegría pública, vino libre!

Esopo.—El hombre solitario no se alegra con el pueblo.

Comisar.—En tu casa te alegras tú.

Esopo.—En mi cueva celebro yo la paz de Europa. (Flemático, dirigiéndose á la puerta de las prisiones.)

Contad.—Clavero de la cárcel, el gemir de los presos arrulla tus borracheras. (Esopo abre; recoge una cesta, que alguien le da desde dentro, y vuelve á cerrar.)

Silvio.—(Impaciente.) Pero esa orden... ¿A qué esperas?

Esopo.—(Con calma y acritud.) De paso tengo que hacer mis provisiones. Piernas, volad. (Vase sin prisa, canturriando una canción triste.)

Silvio.—No descuidarse, amigos. Horacio ha dispuesto que al *Te Deum* asista el personal completo de la Intendencia, Magistratura, Policía, Recaudación, Clases sedentarias.

VISITAD.—De gran gala.

CONTAD.—De rigurosa etiqueta.

SILVIO.—Naturalmente. Cada cual se vista con su mejor ropita... Encargad á todos que no olviden ponerse cuantas cruces tengan á mano, así extranjeras como nacionales.

COMISAR.—¿Y el que no las posea, ó las haya... extraviado?

SILVIO.—Que las supla ó las imite con medallas religiosas de las más lucidas. Vaya, no hay que perder tiempo. A las once, aquí todo el mundo. (Se dirige al jardín.)

LOS TRES.—Vámonos, vámonos... (Vanse por el foro izquierda. Aparece Bárbara por el foro derecha.)

ESCENA II

BÁRBARA, CORNELIA, ROSINA.

BÁRB.—(Llamando.) ¡Silvio, abate Silvio! (Este no la oye y entra en el jardín.)

CORNEL.—No te ha oído.

BÁRB.—Locos andan todos aquí con eso de Waterlóo. (A Rosina.) Vuélvete á las ruínas. Alimentadme vosotras la hoguera; observad los colores de la llama y los giros del humo... Busca el brezo rojo y la anémona silvestre.

ROSINA.—Allí los hay. (Recoge flores silvestres entre los pinos.)

CORNEL.—Hiciste voto de no acercarte más á estos lugares tristes, y ya estás otra vez frente al odioso caserón de la Justicia.

BÁRB.—La Justicia me aterra y me atrae. Aquí vengo sin querer venir. (Señalando la puerta baja de la izquierda.) Esta puerta guarnecida de tantos hierros, conduce á la prisión de Leonardo... Allí reside el execrable Tribunal que le ha sentenciado, y aquí... (Señala á la derecha.) Este es el jardín de Horacio, de la esfinge, á quien he pedido una solución sin obtener respuesta.

CORNEL.—(Cariñosa.) Bárbara querida, vuelve tus ojos al Dios de Misericordia y de Justicia, pidiéndole...

BÁRB.—A ese Dios, y á todos los dioses pido, y ninguno me escucha.

CORNEL.—¿Y crees que esos ritos supersticiosos, esas hogueras en altares rotos, olvidados, te revelarán el porvenir obscuro?

BÁRB.—Creo y no creo...

ROSINA.—(Vuelve, mostrando unas matas.) ¿Es esto, señora?

BÁRB.—Sí. Cuando la hoguera esté muy viva, echaremos en ella rosas deshojadas... ¿No hay por aquí rosas? (Mirando á las enredaderas del muro. Abrese la puerta del jardín, y aparece Horacio. Trae en la mano un gran ramo de rosas.)

ESCENA III

Los mismos.—HORACIO.

BÁRB.—(Asombrada de verle.) ¡Horacio!
HORAC.—Rosas hay; pero éstas no son para el fuego.
BÁRB.—¿Sabías...?
HORAC.—(Bondadoso.) El tirano todo lo ve, todo lo oye y todo lo sabe.
BÁRB.—(A Horacio.) Tu semblante risueño, tus palabras dulces, me parecen de feliz augurio. ¿Puedo esperar...? ¿Es ya ocasión de que me digas tus condiciones...?
HORAC.—Ocasión es, señora... He salido á buscaros...
BARB.—¿Quieres que vayamos á Castel-Términi?
HORAC.—Dispongo de poco tiempo... Hablaremos aquí.
CORNEL.—(Aparte á Rosina.) Estorbamos... (Se van por el fondo.)

ESCENA IV

BÁRBARA, HORACIO.

HORAC.—Sentaos aquí, señora. (Le señala el banco de mármol.) Y antes que yo tenga el honor de sentarme á vuestro lado, dignaos aceptar estas rosas, que para vos he cogido en mi jardín. Son de rosales traídos de Jerusalén, y plantados aquí por mi propia mano.
BÁRB.—(Recelosa, deteniendo su mano al intentar coger el ramo.) ¡De Jerusalén!
HORAC.—Del lugar sagrado que vió la pasión y muerte de Nuestro Redentor. (Bárbara no se decide á coger el ramo.) Tomadlas sin recelo.
BÁRB.—(Con lentitud.) Del Redentor... sí, sí. (Coge al fin las rosas.)
HORAC.—He procurado quitarles las espinas; pero alguna quedará

tal vez que se clave en vuestros dedos y os cause un leve dolor... y la pérdida de una gota de vuestra preciosa sangre... Pero eso no es nada...

BÁRB.—¡Qué hermosas son!... ¡y qué rica fragancia!... Si estas flores significan tu conformidad con mis deseos, aunque me impongas algún sacrificio, bendito seas, Horacio.

HORAC.—Vuelvo á decíroslo: yo miro siempre á vuestro bien, á vuestra paz.

BÁRB.—Pues mi paz y mi bien sólo puedes conseguirlos declarando inocente á Leonardo y poniéndole en libertad.

HORAC.—Ya sabéis que el Tribunal le ha sentenciado...

BÁRB.—Entre nosotros, que bien nos conocemos, no significan nada esas sentencias terroríficas. En una de tus manos está la muerte, en otra la vida.

HORAC.—Aunque así sea, señora... yo me atrevo á preguntaros: ¿por qué dais tanto valor á la libertad de ese hombre, un loco, un místico, que os haría más desgraciada?...

BÁRB.—Sobre esto no admito razonamientos. Quiero su libertad, quiero su vida. Si él es místico, yo también, á mi modo... Hablemos con toda claridad: sabiendo, como sabes, la verdad de aquel terrible suceso, ¿por qué no persigues al verdadero criminal hasta sacarlo á luz y darle el castigo que merece...?

HORAC.—Porque eso sería sacrificar la Justicia eficaz á la Justicia abstracta, y alterar sin ningún resultado práctico la armonía de las cosas.

BÁRB.—¿Y qué entiendes por armonía de las cosas?

HORAC.—El sostener hechos y personas en el estado que toman por sí, con la espontaneidad de su propio destino. Una larga experiencia me ha enseñado el fundamental principio de todo gobierno.

BÁRB.—¿Cuál es?

HORAC.—Conducir los sucesos con el arte necesario para que las cosas estén siempre donde estuvieron... Ya habéis visto que me pedían reformas y más reformas... «Que todo está malo y es preciso que esté mejor.» Yo he tenido que hacer reformas, pero de pura apariencia y palabrería... Parece que he reformado y no es verdad. Todo es como fué.

BÁRB.—(Reflexiva.) ¡Volver siempre al estado primero! ¿Y cuando los sucesos se van á donde quieren?

HORAC.—Se les tuerce, se les encarrila... para que tornen á su principio... Ya veis: la Historia misma me da la razón. Este

Waterlóo que hoy celebramos no es más que el grito de un mundo que dice: «Quiero ser lo que fuí.»

BÁRB.—Sofista, no te valen tus enredos. Por delicadeza, hoy no pensaba yo apelar á tu venalidad... artística. Pues tú lo quieres, allá voy... Pon precio á mis deseos. Ya sabes que poseo obras de arte de mérito extraordinario: tapices persas, cuadros, joyas...

HORAC.—(Vivamente.) No sigáis, señora. Si la armonía que persigo afectase á mi particular interés y á mis gustos de artista, no vacilaría en aceptar. Pero no me habéis comprendido. En este caso, Condesa, miro á la armonía vuestra con el mundo, cou la sociedad.

BÁRB.—¿Qué quieres decir? ¿Qué armonías son esas? (Sublevándose con ímpetu altanero se levanta, conservando en su mano el ramo.) No más, no más, diablo de la Justicia.

HORAC.—Calma, señora mía, calma: os lo suplico.

BÁRB.—Concluye... Quiero una palabra seca, terminante.

HORAC.—La tendréis... ¿Sequedad me pedís? Pues... la libertad de Leonardo habéis de comprármela con vuestra libertad.

BÁRB.—(Echándose atrás.) ¡Con la mía!

HORAC.—(Refinado y sutil.) Con parte de la vuestra... porque, en rigor, sólo perderéis vuestra libertad en lo formal y externo. ¿Queréis que os lo explique mejor, ó me habéis entendido ya?

BÁRB.—Entiendo, sí. En suma, el precio de tu misericordia es... que yo contraiga segundas nupcias.

HORAC.—Sí, señora. Mis condiciones, ya lo veis, se inspiran en la idea de vuestro bienestar.

BÁRB.—¡Casarme... que me case! (Airada.) ¿Y con quién?... No, no y no.

HORAC.—Lo siento por vos. No podré evitaros una pena hondísima.

BÁRB.—¿Y es condición indispensable para que Leonardo...?

HORAC.—(Con firmeza categórica.) Absolutamente indispensable, señora Condesa.

BÁRB.—¡Horacio! (Pasando del enojo á la consternación.) Horacio... sé generoso; no tritures mi corazón debajo de esa piedra de molino, debajo de tu horrible poder. ¿Qué daño te hice para atormentarme así? ¿Y quién es, quién, dímelo pronto, ese otro diablo, ese otro diablo con quien quieres unirme? ¿Y qué razón hay para eso? Alguna razón habrá... dímela pronto.

HORAC.—(Patético.) Llorad, Condesa, llorad por vos dolorida, por mí justiciero... (Aparece Silvio presuroso por la puerta del jardín de Horacio.)

ESCENA V

BÁRBARA, HORACIO, SILVIO.

SILVIO.—(Avanzando.) Señor, Demetrio Paleólogo ha regresado de Palermo.

BÁRB.—(A media voz, casi sin aliento.) Demetrio... el hermano... de...

HORAC.—¿No le recordáis?

BÁRB.—(Absorta, como alelada.) No... no le conozco...

HORAC.—¿Viene contento?

SILVIO.—Su Majestad ha colmado de obsequios y honores á su amigo ilustre; le ha concedido el título de Príncipe de Candía.

HORAC.—Habréis adivinado, gran señora, que es mi propósito haceros Princesa de Candía.

BÁRB.—(Sublevándose, altanera.) ¡Oh! burla es ésta cínica y malvada. (Apártase velozmente de Horacio.)

HORAC.—(Inmóvil.) Reflexionad.

BÁRB.—(Fuera de sí, frente á Horacio y á bastante distancia.) ¡Villano! (Arroja al suelo con fuerza el ramo de rosas.) Mira, mira cómo te contesto. (Pisotea con furia el ramo.) ¿Ves lo que hago con tus rosas? Lo mismo haría contigo... contigo lo mismo. (Marcando cada pisotón con una palabra airada.) ¡Vil... renegado... verdugo!

HORAC.—Injusta sois. (Sin perder ni un momento su serenidad.)

BÁRB.—Apártate de mí; vete... déjame. (Pausa. Hace Horacio una gran reverencia y se retira hacia su jardín.)

SILVIO.—(Aparte á Horacio, asustado.) Furibunda está, señor... es una leona.

HORAC.—(Benévolo, calmoso.) Sus dioses la convertirán en mansa cordera. (Vanse por el jardín.)

ESCENA VI

BÁRBARA, ESOPO.

BÁRB.—(Dirigiendo sus imprecaciones al jardín de Horacio.) Traficante en vidas, en muertes; chalán de estatuas, de honras... (Con gran agitación recorre la escena.) Escribiré al Rey... Pero ya será tar-

de. Fatalidad, tiempo, ¿por qué os habéis unido contra mí? (Fatigada se sienta en el banco. Oyese el canto triste de Esopo que aparece por el fondo. Dirígese á las prisiones; trae colgado del brazo el cesto con víveres y botellas. Bárbara, animándose al oirle, le sale al paso.) ¡Esopo...!

ESOPO.—¿Qué mandáis, señora? (Su embriaguez tétrica no turba completamente sus facultades ni le priva por entero de la seguridad del paso.)

BÁRB.—Tengo que hablarte.

ESOPO.—Aquí tenéis mis oídos. Echad en ellos lo que queráis. (Deja la cesta en el suelo.)

BÁRB.—(Queriendo congraciarse.) ¿Llevas ahí tu comida?

ESOPO.—(Alzando los brazos.) ¡Waterlóo!

BÁRB.—¿Qué quieres decir con Waterlóo?

ESOPO.—Que hemos de celebrar el gran suceso por el cual todo el mundo volverá á ser lo que fué. El mundo da vueltas (Gira sobre sí mismo y se para ante Bárbara), y vuelve á estar donde estaba.

BÁRB.—(Impaciente.) Deja ahora las vueltas del mundo, y respóndeme: ¿cuándo será llevado á la Ciudadela el capitán Leonardo de Acuña?

ESOPO.—(En el tono habitual de su misantropía.) Sus días acaban aquí esta tarde... Le quedan las horas de la Ciudadela.

BÁRB.—(Sin aliento.) Las horas... de... la Ciudadela.

ESOPO.—Horas largas por ser tristes... cortas por ser contadas.

BÁRB.—¿Y crees tú que... una vez conducido á la Ciudadela... el pobre Capitán...?

ESOPO.—En el foso... ya sabéis... verá el Capitán la cara de la Eternidad... mañana... antes que el sol nos dé los buenos días.

BÁRB.—(Dominando su angustia.) ¿Sabes que es inocente?

ESOPO.—Más inocente era Jesucristo, y ya sabéis lo que le pasó.

BÁRB.—Te pregunto si crees en la inocencia del Capitán.

ESOPO.—(Llevándose la mano al pecho.) Creo.

BÁRB.—Bien, Esopo. El desdichado Capitán pagará con su vida la culpa de otro, si no le salvamos tú y yo.

ESOPO.—(Asustado.) ¿Yo, señora? ¿Dónde?

BÁRB.—Aquí ó en la Ciudadela, donde sea menos difícil. Tú podrás...

ESOPO.—Ni aquí ni allí podré.

BÁRB.—Esopo; bueno y sencillo Esopo, no me niegues tu auxilio... La recompensa que á tu favor daré será tal, que puedas retirarte á una vida descansada, honrosa, feliz...

Esopo.—(Apartándose asustado, tembloroso.) Por mi madre santísima, no me tentéis... (Deja la cesta en el primer peldaño de la escalinata.)

Bárb.—(Mirando á todos lados.) ¿Qué temes? Nadie nos ve ni nos oye. Vente luego á Castel-Términi, y acordaremos...

Esopo.—(Se aparta más.) No, no. Dejad en paz al hombre solitario.

Bárb.—(Va tras él; le coge por un brazo; trata de ganar su voluntad, evocando recuerdos de ternura dolorosa.) Oye... ven aquí... desgraciado Esopo. ¿Ya no te acuerdas de la primera vez que me viste? Era yo niña...

Esopo.—(Secamente, sin mirarla.) Me acuerdo... En Belpasso... al pie del Etna... Allí tenía vuestro padre una villa.

Bárb.—Paseando una tarde con mi buen padre, vimos un cuadro de inhumanidad y salvajismo que jamás se borrará de mi memoria: vimos á una pobre mujer arrastrada con befa y griterío infernal por una turba de hombrachos feroces, que parecían demonios. Ví sus brazos magullados, sus piernas en carne viva. Mujeres más crueles que los hombres la escupían, le arrojaban lodo y cuanta inmundicia encontraban á mano. La sangre que velaba el rostro de la pobre víctima no me dejaba ver si era hermosa y joven. Después supe que era de mediana edad, bien parecida, y que se llamaba... (No recordando bien.)

Esopo.—(Con viva emoción durante el relato, la interrumpe sollozando.) Tolemais... mi madre...

Bárb.—Detrás de la horrible procesión iba un muchacho, un joven, también vapuleado y escarnecido por mujeres como furias y chiquillos soeces.

Esopo.—(Cae sentado en la escalinata, y llora.) No sigáis... era yo. Creí agotada el agua de mis ojos por tanto y tanto como he llorado esa desdicha... y otras... pero no lo está... ya veis... lloro... Mi madre... nació en Egipto. Ya mujer y casada con un griego, vino á Sicilia. Era, por decirlo de una vez, hechicera... pero hechicera honrada que no hacía mal á nadie. (Besando la cruz que hace con los dedos.) ¡Por ésta! Curaba animales y hasta personas cristianas... Hacía bebedizos... con honradez, señora... para encender ó apagar el fuego de amor... Ello es que nos acusaron de robar niños: calumnia y malquerencia de envidiosos, de donde vino el que aquellos perros nos arrastraran...

Bárb.—No perecísteis aquel día por intercesión mía y de mi padre. Dí, ¿no me lo agradeciste?

Esopo.—Agradecimos, sí... nos alegrábamos de vivir...

Bárb.—¡Ay, Esopo! Conseguí de mi padre aquel beneficio á fuerza de ruegos... á fuerza de lágrimas... Este rostro que ves... mírame (Asombrado, la mira Esopo), este rostro se ha bañado en llanto por tu madre, por tí... ¿Y no agradeces caridad tan grande?

Esopo.—(Se retira asustado.) Agradezco, señora... el beneficio.

Bárb.—(Con grande energía.) Pues págamelo... págamelo ahora, ó te tendré por un monstruo de ingratitud.

Esopo.—¡Por mi madre santísima!

Bárb.—Invócala, invócala, para que no falte en tu alma la compasión.

Esopo.—Mi madre es mi conciencia, mi religión; ella me gobierna y me dice todo lo que tengo que hacer.

Bárb.—Murió aquella infeliz...

Esopo.—Murió, sí. En el Purgatorio la tenéis, limpiándose de sus culpas, y todas las noches viene á verme, y me dice...

Bárb.—¡Y crees eso! ¿De veras la ves, la oyes...?

Esopo.—¡Que si la veo! Su cuerpo y cara son pura ceniza blanca; sus ojos como dos carbones encendidos. Ella me cuenta sus martirios en aquel fuego que nunca se apaga; yo á ella mis amarguras en esta soledad.

Bárb.—Pues si tu madre es tu conciencia, te habrá dicho que tengas compasión del pobre reo.

Esopo.—(Displicente.) No me ha dicho eso: que no, que no.

Bárb.—Esopo, amigo, ten piedad. (Queriendo despertar en él la codicia.) Oye, oye. (En voz baja.) A los guardias de aquí, como á los de la Ciudadela, puedes desde luego ofrecer en mi nombre todo el oro que quieran... y á tí... (Afectando jovialidad para ponerse á su nivel.) Oye... sé que te gusta el vino... No me conformaré con darte un tonel del mejor que poseo... Te daré, á más del vino, la viña que lo produce.

Esopo.—(Con cierto embeleso.) ¡La viña!

Bárb.—¿Te acuerdas de aquella viña de Belpasso? ¡Soberana viña, que da el mejor vino de Sicilia!

Esopo.—(Como en éxtasis, asociando el *Waterlóo* á la idea de embriaguez.) ¡Waterlóo!

Bárb.—¡Incomparable licor, que colma de alegría el alma del mortal dichoso que lo bebe!

Esopo.—(Con gran esfuerzo sobre sí para librarse de la sugestión.) No, no... no me tentéis... Tentaciones y malos pensamientos, huid del hombre solitario.

BÁRB.—(Iracunda.) Miserable, ¿qué dices?

ESOPO.—Atribulado, invocando al Cielo.) ¡Ampárame Dios! ¡Madre mía, socórreme!

BÁRB.—Menguado, sé compasivo, y tu madre te bendecirá.

ESOPO.—No, no... Mi madre no quiere. (Se golpea el cráneo.) Mi madre no me deja ser compasivo.

BÁRB.—¡Imbécil!

ESOPO.—Mi madre no quiere que salve al Capitán.

BÁRB.—¿No has dicho que le crees inocente?

ESOPO.—¡Pues por inocente, señora!

BÁRB.—¡Redomado bribón, asesino!

ESOPO.—Mi madre ¡por ésta! me ha dicho ayer... echando de sus ojos lágrimas de fuego, que para que acaben sus penas, es preciso... es preciso... ¡por ésta! que mueran en Siracusa, por mano de la justicia, muchos inocentes.

BÁRB.—(Atónita.) ¡Morir la inocencia! ¡Qué repugnante superstición!

ESOPO.—Así lo ha determinado Dios... Dios, Dios le ha dicho á mi madre que por cada inocente que aquí muera, le quitará cien años de Purgatorio...

BÁRB.—¡Blasfemo, impío!

ESOPO.—Por cada culpable que muera, no le quita más que... tres años.

BÁRB.—¡Bellaco, alma de hiena!

ESOPO.—Sangre de inocentes es la que salva... Mi madre lo sabe; vos, que estáis llena de pecados, no sabéis esto. (Coge su cesta para retirarse.) Yo no desobedezco á mi madre... ¡por ésta! Ved por qué no quiero serviros, no quiero... (Alejándose.) En todo cede un hombre; pero en cosas de religión no puede ceder, no... en cosas de religión, no...

BÁRB.—(Horrorizada, á la derecha, viéndole partir.) ¡Inmunda charca llena de podredumbre es tu religión, y tu madre una sabandija del Infierno!

ESOPO.—(En la puerta.) En cosas de religión, no. (Suena el primer cañonazo de la salva que anuncia el *Te Deum*. Esopo sufre una sacudida, y exclama con fuerte voz:) ¡Waterlóo! (Ábrese la puerta por dentro. Entra Esopo canturriando.)

BÁRB.—(Viéndole desaparecer.) Borracho, vuelve á tu soledad tenebrosa... Alguien sale... Es Montanari.

ESCENA VIII

Bárbara, Montanari; después Silvio.

Montan.—(En la puerta de la prisión. Viste toga negra, peluca blanca.) Señora, si teméis las impresiones penosas, debéis retiraros.

Bárb.—¿Qué hay, Montanari?

Montan.—Pues no vienen órdenes en contrario, cumplo las que ya se me dieron. Mando al reo á la Ciudadela.

Bárb.—(Con grande entereza.) Alma, no me abandones. Le veré partir. (Colócase á la derecha, segundo término. Sale Silvio del jardín de Horacio.)

Montan.—¿Hay contraorden, Silvio?

Silvio.—No.

Montan.—¿Ni aplazamiento siquiera?

Silvio.—No. (Mirando al interior de la Intendencia, donde se supone que van entrando, por otra parte del edificio, los altos funcionarios que luego se indican.) Ya llegan los señores que se reúnen aquí para asistir al *Te Deum*. (Entra en la Intendencia.)

Bárb.—(Observando desde la derecha.) Los primates de la Justicia; el viejo Taormina, Asesor general, y el venerable Selinonte, Limosnero de la Intendencia. (A Montanari, indicándole su deseo de hablarles.) ¿Podré...?

Montan.—No pidáis clemencia á los que ya sentenciaron. A Horacio debéis pedirla.

Bárb.—(Señalando las rosas pisoteadas.) He pisoteado al monstruo... Míralo.

Montan.—(Con dulzura.) Dominad vuestra ira. Entendeos con Horacio.

Bárb.—Quiero hablar con la Justicia.

Montan.—(Deteniéndola.) Será inútil.

Bárb.—(Intentando ganar su voluntad.) Montanari, óyeme...

Montan.—Ahora no. (Compadecido.) Os suplico, señora, que no estéis aquí. (Inquieto, mirando á la izquierda, por donde saldrá Leonardo.)

Bárb.—Déjame. Sé mirar mi dolor frente á frente. (De la prisión salen dos guardias; tras ellos, entre otra pareja de guardias, Leonardo. Viste traje civil. Su aspecto es de gran sufrimiento y extenuación.)

ESCENA IX

BÁRBARA, MONTANARI, LEONARDO y GUARDIAS; después CORNELIA.

BÁRB.—(Asustada, retrocede á la derecha, de cara á Leonardo.) ¡Leonardo, pobre mártir! (Se detiene la comitiva.) No esperabas verme en tu camino doloroso.

LEONARDO.—(Con voz apagada.) Caminos floridos ya no hay en el mundo para mí... ni para tí, Bárbara.

BÁRB.—Entre los santos has querido colocarte.

LEONARDO.—(Austero y triste.) No aspiro á la santidad. Aspiro á mi redención y á la tuya. (Detiénese un instante.) Sigue mi ejemplo... No temas el deshonor, ni la ignominia, ni la muerte misma.

BÁRB.—(Con pasión, protestando.) Muerte no. Amo mi vida y la tuya. La tuya defenderé. No desespero aún.

LEONARDO.—¡Pobre alma, ríndete á la verdad!

BÁRB.—(Valerosa.) No me rindo. Lucharé hasta el fin.

MONTAN.—(A los guardias.) Seguid.

LEONARDO.—Adiós. (Suena el segundo cañonazo de la salva. Sigue la comitiva presurosa por el foro.)

BÁRB.—(En el proscenio, viendo desaparecer á Leonardo.) ¡Oh, iniquidad, sarcasmo de la Justicia!... ¡Inspíreme Dios; inspiradme, deidades del Cielo y de los abismos! (Montanari retrocede y entra en el palacio. Viene Cornelia por el foro.)

CORNEL.—¡Hija del alma! ¿Has tenido valor para presenciar...?

BÁRB.—Valor tengo: ya lo ves.

CORNEL.—¿Qué esperas? Vámonos de aquí. (Empiezan á salir de la Intendencia los personajes que van al *Te Deum*.)

BÁRB.—No, no: de aquí no me muevo.

CORNEL.—(Queriendo consolarla.) No pierdas la esperanza. Algún medio habrá...

BÁRB.—(Mirando á los personajes.) Hay uno, el mejor, el infalible. (Aparecen Taormina, con toga roja, apoyado en el brazo de un Oficial de la Guardia, y Selinonte, en traje episcopal, seguido de dos pajes. Siguen dos curiales, con toga negra y peluca blanca; el Contador, el

Comisario y el Visitador, en traje civil de gala con bandas y cruces; algún militar viejo; guardias. Por el fondo acuden hombres y mujeres del pueblo que se agregan á la procesión.)

ESCENA X

BÁRBARA, CORNELIA, SILVIO, MONTANARI, TAORMINA, SELINONTE, FUNCIONARIOS DE LOS ÓRDENES JUDICIAL, CIVIL Y MILITAR.

CORNEL.—(Queriendo llevarse á Bárbara.) Hija mía, dejemos pasar esta mascarada.

BÁRB.—(Desprendiéndose de los brazos de Cornelia.) Suéltame. (Avanza al encuentro de la comitiva.) Perdonad, señores, á esta mujer infeliz que os detenga un instante.

MONTAN.—(Imponiéndole discreción con un gesto.) Señora Condesa...

TAORMINA.—(Que apenas ve, pregunta á los que le rodean.) ¿Qué pasa? ¿Quién es?

BÁRB.—Soy yo. ¿No me conoce el noble Marqués de Taormina, el fiel amigo de mi padre? Y vos, Selinonte, amigo y deudo, ¿tampoco me conocéis?

SELINONTE.—Permitidnos... Vamos á la Santa Catedral...

BÁRB.—Sí... ya sé... á dar gracias á Dios por la derrota del Imperio. Ya consideramos la paternal atención con que el Dios Omnipotente oirá vuestras voces graves, las más graves que suenan en el mundo. Hasta nosotros llega el eco que tendréis en la inmensa majestad de los Cielos.

MONTAN.—Señora, dejad paso...

TAORM.—Condesa Bárbara, ¿tenéis algo que pedirnos?

BÁRB.—Os pediría justicia. ¿Pero á qué pediros lo que no sabéis dar?

SELINONTE.—Ea, basta ya. Llevadla.

BÁRB.—Una palabra sola. Vos, Selinonte, que representáis un Tribunal más alto, como ministro que sois del que llamamos Dios de Justicia, alzad la voz conmigo para preguntar á estos Jueces la razón de haber condenado á un inocente sabiendo que lo es.

MONTAN.—Señora, respetad...

TAORM.—Respetad, para que no se olvide el respeto que por vuestro linaje merecéis.

BÁRB.—Taormina, han condenado á un inocente sabiendo que lo

es, y vos habéis confirmado la sentencia inicua. Desdecíos, volveos atrás, retirad vuestro nombre ilustre de ese fallo infamante. Vuestras canas, vuestro cuerpo encorvado, que se inclina ya sobre el sepulcro, dicen que pronto habréis de comparecer ante el Juez grande. ¿Qué le diréis, Taormina? No está bien que digáis: «Señor, prevariqué porque el tiranuelo me daba un estipendio con que remediar mi ruína.»

TAORM.—(Con amargura.) Quejas de mujer... intolerables quejas.

SILVIO.—(Aparte á Cornelia.) Llevadla de aquí.

SELINONTE.—(Con ánimo de seguir.) Apartad, señora...

BÁRB.—Un momento, un momento solo, para decir una verdad que ha de esclarecer vuestras conciencias ofuscadas.

MONTAN.—No es ocasión.

BÁRB.—Ocasión es... ¡Grande, fenomenal rareza es para vosotros la verdad!... No sabéis decirla ni escucharla. Pues oidla de mí, oidla de quien conoce mejor que nadie la trágica muerte de Lotario... ¿Sabéis quién mató á Lotario Paleólogo? (Pausa.) Yo. (Suena el tercer cañonazo.)

TAORM.—Llevadla, encerradla...

BÁRB.—(Con fuerte voz, avanzando.) Yo. (Vuélvese en redondo para encarar con todos los presentes.) Yo. (Pausa.) ¿Os asombráis?... Soy la única culpable.

CORNEL.—(Vivamente, sobreponiéndose á la sorpresa.) No es cierto.

TAORM.—No sabéis lo que decís, desventurada.

BÁRB.—¿Pero no me creéis? ¿Ni aun acusándome me creéis?

SELINONTE.—Yo sostengo que no decís la verdad.

BÁRB.—La repetiré, agregando las más graves imputaciones de mí misma. Dí muerte á Lotario porque le aborrecía. No quiero atenuar la gravedad de mi delito. El hombre que habéis condenado es inocente. Aquella noche no estaba en Siracusa.

TAORM.—Señora, permitidme deciros que vuestro juicio está turbado.

BÁRB.—(Fuera de sí.) ¿Pero estáis ciegos, ó he de dudar de que hay Dios en los Cielos, de que es la tierra este suelo que piso?

MONTAN.—No creemos lo que decís.

BÁRB.—¿Dudaréis de este sol que nos alumbra? ¿No creéis que yo, yo sola, dí muerte á Lotario?

TODOS.—No.

BÁRB.—¿Creéis que le mató Leonardo?

TODOS.—Sí.

BÁRB.—(Frenética.) Pues yo niego lo que afirmáis, y afirmo lo que ponéis en duda.

TAORM.—El Tribunal que supo apreciar la verdad de los hechos, aprecia en este instante la verdad de vuestra demencia. Oidme, señores ilustres, la explicación de este desvarío. Inocente es la Condesa del crimen que confesó Leonardo; pero es culpable de la flaqueza de amor.

BÁRB.—¿Qué dice?

TAORM.—Amáis al criminal... Pero éste es un delito no comprendido en el fuero de la ley. (Desfilan lentamente.)

SELINONTE.—Se acusa por salvar al verdadero culpable. (Con admiración, pasando junto á Bárbara.) Inaudito caso de sacrificio por el amor... Vuestro mentir, señora, es un bello mentir, más propio para ser tratado por los poetas que por los Jueces.

CONTAD.—¡Delirio de abnegación! (Avanza la comitiva hacia la derecha, y se interna por detrás del jardín de Horacio.)

SELINONTE.—No es delito el amor que ofrece su vida por la ajena.

TAORM.—Amor exaltado es ese... amor digno de admiración, no de castigo.

BÁRB.—(Viéndoles desfilar.) ¡Jueces falsos...! ¡sacerdotes de la mentira! ¡Me creen demasiado buena... me creen heroína! (Con nuevo arrebato quiere soltarse de los brazos de Cornelia.) Déjame... quiero ir tras ellos. (La comitiva va desapareciendo. El pueblo la sigue.)

CORNEL.—(Conteniéndola.) No... ¿Qué intentas?

BÁRB.—Quiero, quiero... la única venganza que puedo tomar de esos despreciables maniquíes... Quiero arrancar de esos pechos envilecidos todos los emblemas creados para premiar la virtud y el honor: cruces, bandas, collares. Quiero que caiga al suelo esa quincalla, adorno de los corazones corrompidos... al suelo, sí, para que pueda yo pisotearla á mi gusto... (Suena el cuarto cañonazo. Aparece Horacio por la puerta de su jardín.)

ESCENA XI

BÁRBARA, CORNELIA, HORACIO; después DEMETRIO.

HORAC.—Señora...

BÁRB.—(Acudiendo á él consternada.) Horacio... me acusé. No me han creído.

HORAC.—Ni os creerán. Previsto estaba todo.

BÁRB.—Quise corromper á tus sicarios... nada conseguí.

HORAC.—Cuanto intentéis será inútil. Aceptad, señora...

BÁRB.—(Poseída de frenesí, agarrando convulsivamente los brazos de Horacio.) Tú, falsario, dijiste á los Jueces que soy una mujer heróica, que yo me acusaba para salvar á un inocente. ¡Mentira! Corre, Horacio, corre; diles la verdad. Criminal soy. Dios lo sabe: díselo tú á los hombres. Que me condenen á muerte... que muramos los dos.

HORAC.—¡Absurdo! Fuera de lo que os propuse, no hay solución.

BÁRB.—¿No existe aquí más poder que tú?

HORAC.—No hay más poder que el mío.

BÁRB.—Tú eres la Justicia, tú eres la Ley.

HORAC.—Yo soy todo.

BÁRB.—(Cae de rodillas con súbito desfallecimiento. Permanece agarrada á los brazos de Horacio.) ¡Ay... triste de mí!... No puedo más. Estoy muerta. En el límite del padecer humano, me entrego al Destino... me entrego á tí.

HORAC.—(La levanta tirando de sus brazos suavemente.) Rendíos... Descansad en mí.

BÁRB.—(Casi sin aliento.) Acepto... tu trato... acepto. Diablo del Paganismo, del Cristianismo, de toda creencia en que hay demonios, tráeme... tráeme á ese hombre...

HORAC.—Es bueno, es sencillo...

BÁRB.—Aunque su fealdad exceda á la de la jimia, y su fiereza á la del león, seré... seré su esposa, seré su víctima. No es Demetrio, no. Tú, espíritu infernal y justiciero, has resucitado á Lotario para mi castigo.

HORAC.—Desechad, señora, esas ideas. Os doy la vida, la paz. (Bárbara, agarrada á los brazos de Horacio, oculta entre ellos el rostro. Aparece Demetrio en la puerta del jardín: detiénese allí. Horacio con un gesto le manda avanzar.) Vedle aquí. (Suena el quinto cañonazo.)

BÁRB.—(Al levantar el rostro y ver á Demetrio, se estremece.) ¡Es él! (Retrocede aterrada, sin quitar de él los ojos. Horacio contiene á Demetrio, que intenta ir tras ella. Ambos permanecen perplejos en el proscenio derecha.) ¡Lotario vivo!... (Busca las vueltas entre los pinos para alejarse.) No me toques. (Trémula, medrosa.) Vuelve al charco de sangre, bárbaro, verdugo mío... No volveré á ser tuya... Te aborrezco... ¡Tuya nunca, nunca! (Da un grito y desaparece en la selva de pinos. Cornelia va tras ella. Mudos y consternados, la siguen con la vista Horacio y Demetrio.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Lujoso gabinete de Bárbara en Castel-Términi. En el primer término, á la derecha, puerta pequeña que conduce á la alcoba; frente á ésta, primer término de la izquierda, puerta grande por donde se va hacia la capilla del palacio. Ambos huecos se cubren con riquísimo y ancho cortinaje. Al fondo, gran arco que da á una galería por donde entran los que vienen del exterior. Por las ventanas abiertas de la galería se ve el jardín. Sillas y mesas de estilo griego; adorno de estatuas de mármol y bronce. Es de noche. Lámparas magníficas alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA

HORACIO, impaciente, paseándose y hablando solo; SILVIO esperando órdenes.

HORAC.—¡Restablecer el derecho perturbado! Difícil problema... el más grave que me han planteado en fatal combinación personas y cosas. Quiero hacer perdurable mi amistad con el Príncipe; quiero la paz de la Condesa...

SILVIO.—¿Ordenáis algo más?

HORAC.—Dirás en casa que no me muevo de aquí, de Castel-Términi, hasta que... (Vuelve á caer en su meditación.)

SILVIO.—¿Habéis determinado que esta noche...?

HORAC.—Esta noche y mañana saldrán de Siracusa dos naves... dos gallardas naves...

SILVIO.—Ya... Irán hacia Oriente.

HORAC.—No... cada cual tomará su rumbo. (Cambiando bruscamente de idea.) Pero esa mujer, esa mujer... ¿Todavía no han podido Cornelia y Filemón sosegarla, traerla á su palacio?

SILVIO.—Ya os he dicho que al anochecer se había calmado la exalta-

ción de la Condesa. Divagaba por campos y ruínas acompañada del arqueólogo y su mujer... El Príncipe la seguía. ¿Queréis que vuelva yo...?

Horac.—No... Vete á la Ciudadela. Ya estarán allí Monseñor Selinonte y Montanari con órdenes precisas referentes á ese místico exaltado, á ese español sin seso... Entérate de lo que han hecho y ven á decírmelo... Pronto.

Silvio.—Al instante. (En la puerta del fondo.) Aquí llega el Príncipe.

Horac.—¿Solo?

Silvio.—Con el Capitán de Guardias que habéis puesto á sus órdenes.

Horac.—Que el Capitán espere en la galería. (Entra Demetrio. El Capitan que le acompaña y Silvio desaparecen en la galería.)

ESCENA II

Horacio, Demetrio.

Demet.—Horacio, ¿dónde te metes?

Horac.—Aquí estoy esperándoos... Contadme... Fuísteis tras la Condesa... La alcanzásteis al fin en las ruínas del templo de Ceres.

Demet.—Sí. (Rabioso.) ¡Por San Isaac bendito! ¿Creerás que cuando la tuve al alcance de mi mano me sentí medroso, sobrecogido?

Horac.—¡Ay, ay!... Mal sienta al gigante la timidez.

Demet.—Es mi rudeza, mi barbarie, que me ata la lengua y me enciende el rostro cuando tengo que requerir por lo fino á una mujer de alta clase. (Da una patada.) ¡Maldita cortedad!

Horac.—¿Y ni siquiera supísteis observar...?

Demet.—La ví, Horacio, bien de cerca; la escuché... Lléveme el diablo si no está su razón enteramente perdida.

Horac.—No penséis tal, Príncipe; no, no.

Demet.—(Con fiereza.) Cállate, renegado, y no me busques el genio. Hicimos un trato, que por tu parte no has cumplido.

Horac.—Bárbara será vuestra.

Demet.—(Remedándole.) ¡Bárbara será vuestra! ¡Ah, marrullero! Al cambiarte mis estatuas por una mujer, entendí que esta mujer había de estar en su sano juicio. ¿Pues qué, mis estatuas no son de ley? ¿Porque á alguna de ellas le falte la cabeza, has querido tú encajarme una mujer sin seso?

HORAC.—Por Dios, Príncipe, no hay tal locura. Trátase de una desazón fugaz. Es lo que la moderna ciencia llama *vapores*, turbación que de las entrañas sube al cerebro. Afectadas de este achaque suelen estar las viudas; pero se curan cuando dejan de serlo.

DEMET.—Según eso, yo...

HORAC.—Seréis sin duda su mejor médico. Bárbara os amará; seréis dichoso.

DEMET.—(En éxtasis.) ¡Ah!

HORAC.—Lo aseguro, lo garantizo; fijaos en que está necesitada de cariño, de homenajes persistentes, delicados. Poned gran empeño en no pareceros moralmente á vuestro hermano, ya que en la figura y rostro sois semejantes.

DEMET.—Ya, ya... Mi semejanza...

HORAC.—No fué otro, señor, el motivo de la grave turbación de la Condesa esta tarde...

DEMET.—(Caviloso.) ¡Mi semblante, mi facha!

HORAC.—¡Padeció tanto la infeliz en su primer matrimonio!

DEMET.—Pero en mi corazón, en mi... en mi trato familiar no hallará, no, la misma semejanza.

HORAC.—Cierto. Mas para eso, aprended á prodigar la ternura, el halago, el mimo...

DEMET.—¿Y cómo es el mimo?

HORAC.—El amor os lo irá enseñando.

DEMET.—¡Mimos yo, con esta cara... y estas manazas...!

HORAC.—Vuestra misma rudeza os dará naturalidad, y el aire ingenuo que tanto agrada á las hembras.

DEMET.—¿De veras? (Con risa infantil.) ¡Yo!... ¿Crees...?

HORAC.—Seguid, seguid contándome... Bárbara salió de las ruínas y con paso incierto corrió por el campo.

DEMET.—Con ella iban Cornelia y Filemón... yo detrás. Llegamos á un ribazo todo cubierto de flores... Era como un tapiz lindísimo... amapolas, adormideras, narcisos silvestres. Entre tantas flores, Bárbara escogía las adormideras y llenaba con ellas su falda.

HORAC.—¿Nada más que adormideras?

DEMET.—Nada más... Después, sentada al pie de un ciprés de tronco robusto, de follaje espeso, tan alto que parecía tocar el cielo, se adornó con flores la cabeza, el seno... ¡Qué divinidad! En ello empleó un rato, presumida, risueña, colocando cada flor con esmero, con arte.

HORAC.—(Vivamente.) Desgraciado, ¿no vísteis la ocasión de acercaros, de hablarla?

DEMET.—Sí, Horacio, sí... me acerqué despacito, despacito. Volvió Bárbara la cabeza y me vió...

HORAC.—No extrañarías que se asustara un poco...

DEMET.—No se asustó. Su mirada me revelaba curiosidad, compasión; miedo no...

HORAC.—Debísteis proceder con bizarría, inclinándoos respetuoso, cogiéndole una mano...

DEMET.—Pues mira, lo pensé, lo pensé. Alargué yo mi mano para coger la suya... pero... no me atrevía... me atrevía... vuelta atrás. No hice más que tocar su mano con mis dedos, y al punto los retiré como si me hubiera quemado.

HORAC.—¡Qué simpleza! ¡Si llego yo á estar allí...! Y por supuesto, no dijísteis nada.

DEMET.—Sí, sí... dije... «Bárbara.» Pero la voz me salió tan bronca, que de oirla me asusté yo mismo. Ella se levantó de súbito, dió algunos pasos, volvió á mirarme sin temor, Horacio, sin temor ninguno... y cuando yo me acerqué de nuevo, tomó la palabrá Filemón para endilgarle un sermoncillo pagano, que ella escuchaba muy atenta.

HORAC.—En efecto: encargué yo severamente á Filemón que aproveche las aficiones paganas de la Condesa para sosegar su espíritu y...

DEMET.—(Interrumpiéndole furioso.) ¡Por David y su arpa, no... no!... Los embustes gentílicos, antes que medicina, son mayor veneno para las molleras trastornadas. ¡Al diablo Júpiter y toda su parentela... dioses ladrones... diosas impúdicas!

ESCENA III

Los mismos.—FILEMÓN, presuroso por el fondo.

FILEMÓN.—¿Qué decís, señor, de los pobrecitos dioses?

DEMET. (Iracundo.) Digo... que si vuelve ó no á su casa la señora Condesa.

HORAC.—Eso te pregunto: ¿por qué no la traéis ya?

FILEMÓN.—Calma, señor Intendente; calma. Serenísimo señor... Bárbara recobra poco á poco su sér normal. Todo ha sido un desvarío pasajero, producido por la sorpresa, por la emoción, por..

DEMET.—Por vuestros delirios mitológicos... (Iracundo, altanero.) Ea, basta de monsergas... Entre el arte pagano y el arte de la justicia, también á mí me estáis volviendo loco... No más, no más. Horacio, hicimos un pacto... ¿Lo cumples ó no?

HORAC.—Lo cumplo.

DEMET.—¿Cuándo?

HORAC.—Más pronto de lo que creéis.

DEMET.—Mira lo que dices.

HORAC.—Sé lo que digo. Me dísteis plenos poderes...

DEMET.—Sí.

HORAC.—Me dísteis autoridad sobre vos mismo.

DEMET.—Sí: yo prometí obedecer ciegamente tus disposiciones... ¿Qué debo hacer ahora?

HORAC.—Ir á mi casa, á la vuestra, y recoger y ordenar, guardándolo en cajas y estuches, vuestro inmenso caudal de perlas, de piedras preciosas... Ya me dijísteis que pensábais ofrecerlo á Bárbara como regalo nupcial...

DEMET.—Cierto... (Suspenso, receloso.) ¿Pero es tan urgente...?

HORAC.—Sin duda...

DEMET.—¿De veras...? Horacio, ¿crees tan próximo, tan inmediato mi...?

HORAC.—Inmediata veo vuestra felicidad cuando os digo que dispongáis todo como si fuérais á emprender un viaje.

DEMET.—Por la cabeza de Holofernes, quieres embarcarme, quieres zafarte de mí...

HORAC.—Os he dicho que pronto cumpliré lo pactado.

DEMET.—¿Mañana?

HORAC.—Antes... Esta noche.

DEMET.—(Estupefacto, siempre receloso.) Esta noche. ¿Te burlas, Horacio? ¡Cómo es posible...! ¿Sueñas tú? ¿Sueño yo?

HORAC.—Esta noche ó nunca.

DEMET.—Repítelo. (Acercando su rostro al de Horacio.) Vea yo de cerca tu rostro... Repítelo...

HORAC.—(Gravemente.) Esta noche ó nunca.

DEMET.—Mira que nadie en el mundo se ha mofado impunemente de este hombre sencillo y fiero... Mira que si me burlas no te valdrá tu poder, no te valdrá tu autoridad... Explícame... ¿Qué harás... qué...?

HORAC.—(Con arrogancia.) No explico nada... Obedeced ciegamente como prometísteis.

DEMET.—¿Bárbara...? ¿Dices que esta noche...?

HORAC.—Será vuestra esposa.
DEMET.—¿Con libre consentimiento?
HORAC.—Sí.
DEMET.—¿Y de la cabeza...?
HORAC.—Bien. Llevará su juicio sano... juicio de mujer.
DEMET.—Tú me engañas... ¿Qué tramas, qué intentas? Debo saberlo, debo enterarme... Aquí me planto.
HORAC.—Iréis á casa... y volveréis cuando yo lo determine; antes no.
DEMET.—Con pretexto de mis alhajas quieres alejarme. (Bufando.) Bien: en tu casa te espero. ¡Ay de tí si...! (Dirígese al foro.)
HORAC.—Aguardad, que aún tengo algo que mandaros.
DEMET.—(Furioso, descompuesto.) ¿Qué es esto? ¡Que me vaya, que vuelva...! ¿Me tomas por un zarandillo? ¿Estoy aquí de monigote para que juegues conmigo y hagas reir á la gente? (Gritando.) Ya no sufro más tus burlas... Entiéndelo, truhán. Soy quien soy... sé imponer respeto á los inferiores, aunque sean Intendentes... (Rugiendo.) ¡Por Judas, por Jonás, yo te juro que si me irritas...! (Sigue vociferando y gesticulando.)
FILEM.—(Aparte á Horacio, al otro extremo del proscenio.) Señor, ¿no teméis que se desborde su ira?
HORAC.—(Aparte á Filemón.) No hay cuidado... Verás á la fiera obediente al látigo del domador. (Alto, con acento paternal, cariñoso.) Príncipe... venid aquí.
DEMET.—(Sigue rugiendo, crispados los dedos, la mirada feroz; sus voces son casi inarticuladas.) ¡Si me burlas te arranco el alma... y te...!
HORAC.—(Con voz serena, de autoridad sugestiva.) Acercaos... os lo mando.
DEMET.—(Se acerca lentamente, con más sofocados rugidos, encorvando el cuerpo, apretando los puños.) ¡Por la Madona de Sitza!... ¡Por las ternillas de Júpiter!... (Llega junto á Horacio.)
HORAC.—Venid á mí... dejaos acariciar de vuestro amigo. (Le da palmaditas en el hombro.) Serenaos. Oid mis nuevas órdenes. Sé que tenéis en el puerto alguna de vuestras naves...
DEMET.—(Cambiando súbitamente de la ira á la sorpresa.) Tengo tres; entre ellas la mejor que poseo.
HORAC.—Disponed que esté lista para darse á la vela...
DEMET.—¿Cuándo?
HORAC.—Antes de amanecer. Partiréis en ella con vuestra esposa...
DEMET.—(Con gran viveza.) ¿Es verdad lo que dices? (Efusivo y sin cólera.) ¡Horacio, gran Horacio...!

HORAC.—Partiréis digo...

DEMET.—¡Y saldremos ella y yo en mi barco por el libre mar! ¡Oh delicia! (Receloso otra vez.) ¡Horacio, Horacio!

HORAC.—Haced lo que os manda el que es por esta noche vuestro tirano.

DEMET.—(Vivo y alegre.) Sí: todo estará dispuesto. Y partiremos para Oriente... Visitaremos Constantinopla, Egipto, Palestina...

HORAC.—Permitid al tirano que os marque la derrota que habéis de seguir. Iréis hacia Poniente...

DEMET.—Bueno, bueno... Malta; Túnez, Argel...

HORAC.—Y no perdáis tiempo.

DEMET.—Tiempo, tiempo, no te me escapes... (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA IV

HORACIO, FILEMÓN.

FILEM.—¿Y no teméis que algún indiscreto le revele esta noche la peligrosa historia... el español Acuña... la pasión de Bárbara...?

HORAC.—(Inquieto, paseándose.) Todo está previsto. El Capitán de guardias que le acompaña tiene orden de cerrar el paso á las indiscreciones... Nadie le dirá lo que no debe saber. Debajo de esas apariencias de hombre terrible que se come el mundo, se esconden la inexperiencia y la credulidad de un niño. Corazón excelente... alma sencilla... Si así no fuera, ¿crees tú que yo...?

FILEM.—Sois la suprema agudeza.

HORAC.—¡Inmenso problema, Filemón!

FILEM.—Sí... no es mal nudo el que habéis de desatar, por Jano y sus caras.

HORAC.—Ilumíneme Dios... Y tú has de ayudarme... ayúdeme también tu esposa... Cuenta con que yo... mejor dicho, el Príncipe, te costeará la impresión.

FILEM.—¡Oh! *Tesoro Enciclopédico, Sinóptico y*... Adelante, señor. Contad conmigo. (Entran Silvio y Montanari por el foro.)

ESCENA V

Los mismos.—MONTANARI, SILVIO.

HORAC.—(Vivamente.) ¿Qué hay?

SILVIO.—Todo está hecho como lo mandásteis.

HORAC.—(A Montanari.) ¿Fué contigo Monseñor Selinonte?

MONT.—Sí, señor: confesó al reo como si se le dispusiera para una bella muerte...

HORAC.—Y una vez confesado, le notificaste su indulto...

MONT.—Fundado en que de las nuevas indagaciones resulta dudosa su culpa...

HORAC.—Indultado con la condición precisa de que ha de partir con los peregrinos franciscanos que salen para Tierra Santa... Aceptaría esta solución con gratitud, con júbilo.

MONT.—Sólo dijo: «Hágase la voluntad del Señor.»

SILVIO.—Y no vimos en su rostro ascético señal de alegría ni de pena.

HORAC.—Bien: la peregrinación sale mañana.

FILEM.—Esta noche: me lo ha dicho el Prior. Al Calvario vendrá en procesión la Comunidad franciscana. De aquí bajarán los peregrinos al puerto, donde tienen prevenido el barco que ha de conducirles á Jafa.

HORAC.—Allá nos esperen luengos años.

SILVIO.—Oid, señor, lo restante.

HORAC.—¿Qué?

MONT.—Lo de mayor interés... Recatándose de nosotros, habló Leonardo de Acuña con Monseñor Selinonte.

SILVIO.—Fué como una segunda confesión.

MONT.—Luego pidió pluma y tinta... sacó del pecho un librito, en cuya primera hoja escribió breves palabras.

SILVIO.—(Sacando de su bolsillo el librito.) Vedle aquí. Escrito lo que veréis, dió el libro á Monseñor, rogándole que lo ponga en manos de la Condesa... Monseñor me ha hecho portador del encargo para que vos...

HORAC.—(Con viva curiosidad.) ¡Oh, precioso mensajero...! (Contemplando en la tapa la Cruz dorada, que indica que es libro religioso.) Es un Kempis.

FILEM.—La Imitación de Cristo...

HORAC.—(Con religioso respeto, abriendo el librito.) Aquí expresó el espa-

ñol amorosa despedida... quizás la voluntad postrera ó la sana recomendación del hombre que abandona para siempre las vanidades del mundo... (Lee en voz queda.) «Dios quiere que yo viva... Abrazo vida de penitencia.» (Cierra violentamente el libro.) No... Ni vosotros ni yo debemos leer esto. No profanemos el íntimo secreto de dos almas que deshacen su abrazo de amor y se separan, se divorcian, con resolución de no encontrarse jamás en los caminos del mundo. ¿Conocéis algo más digno de respeto que el adiós de dos amantes que al separarse se dan cita en la Eternidad?... Esto es hermoso y triste... ¡Oh, vida humana! ¿qué hay en tí que no sea tristeza? (Con súbita animación, guardando el libro.) Ea, las horas vuelan... La Condesa tarda... Corre, Filemón, y tráela al instante.

FILEM.—Al instante.

HORAC.—(A Montanari.) Tú, manda preparar la capilla. Que venga Monseñor... pronto, pronto.

FILEM.—(Desde el foro.) Ya llega la Condesa... ya entra en el jardín.

HORAC.—(Con más prisa.) Que venga toda la clerecía... toda la curia.

MONT.—Está bien. (Vase por el foro.)

HORAC.—(A Silvio.) Corre á casa. No pierdas de vista al Príncipe... Aquí le aguardo. (Saca el libro y lee un instante para sí. Aparece Bárbara con Cornelia y Rosina. Detiénese en la puerta... Trae la cabeza y seno adornados con adormideras. Horacio, de espaldas al foro, no la ve. Cierra el libro; gozoso pronuncia breves palabras.) ¡Venturoso pensamiento! ¡divino mensaje! (Al ver á Bárbara, se coloca á la izquierda.)

ESCENA VI

Los mismos.—BÁRBARA, CORNELIA, ROSINA y DOS CRIADAS de la casa de Términi. Estas y Rosina, á una señal de Cornelia, se retiran por la galería.—Entra Bárbara con paso lento, el mirar triste. Desde la puerta, fija en Horacio sus ojos con temor y de él no los aparta. Avanza lentamente, como una estatua que anda. Toma la dirección de la alcoba, queriendo evadirse de Horacio.

HORAC.—¿Qué teméis, señora?

CORNEL.—En tu casa no hallarás sino amigos fieles... (Sigue Bárbara avanzando lenta y muda, como estatua. Alza la cortina de su alcoba. En tal actitud vuelve á mirar á Horacio.)

HORAC.—Señora, vuestros amigos más cariñosos os rodean. ¿No queréis vernos? ¿No queréis recibir nuestros homenajes? (Bárbara permanece en la misma actitud. Filemón acude á ella.)

FILEM.—Ven, hija mía; descansa entre nosotros. (Suelta Bárbara la cortina.)

CORNEL.—(Aparte á Horacio.) La fuerza de su delirio ya pasó. Está serena y triste, dominada por la idea de un morir próximo.

HORAC.—No combatamos por el momento esa fúnebre idea. (Cornelia y su marido llevan á Bárbara á un sillón de respaldo bajo. Al dejarse caer en el asiento, lanza un gran suspiro, fijando su mirada en el suelo.)

CORNEL.—(Colocada detrás del sillón, la acaricia.) Angel, por tí velamos; no nos separaremos de tí...

HORAC.—(Acercándose á Bárbara con respeto y cariño.) Y aunque no queráis, señora, os daremos la salud, la paz.

FILEM.—¿No ves á Horacio?

CORNEL.—¿No quieres verle? (Bárbara no aparta del suelo sus ojos.)

HORAC.—Ya no conoce á sus más fieles amigos.

BÁRB.—(Alza la vista; abandona su mano en la de Horacio.) Te conozco, sí... Eres el Destino.

HORAC.—El Destino soy si así lo queréis.

BÁRB.—El Destino, que tiene encadenado al Tiempo y lleva los días presentes á los días pasados.

HORAC.—En muchos casos, esta retroacción del Tiempo es inevitable, salvadora... Decidme: habéis espaciado vuestro espíritu en el campo florido, en las ruínas donde vagan las sombras de los Dioses...

BÁRB.—En el campo mismo donde Plutón arrebató á Proserpina para llevarla á los Infiernos, he recogido adormideras. He recogido las flores de esta planta humilde, consoladora. Son las flores del descanso, del olvido, del sueño... Míralas, Horacio. Miradlas en mí.

FILEM.—Y por cierto que con ellas te has engalanado graciosamente.

CORNEL.—¡Ah! sí...

HORAC.—Poseéis un arte supremo para realzar vuestra hermosura.

BÁRB.—Sí que poseo ese arte... ¡Qué lindo adorno para entrar en el reino de la eterna quietud, donde el descanso no tiene fin y el pensamiento se recrea en sí mismo... siempre, siempre!...

CORNEL.—¡Oh! no hables de morir.

FILEM.—De muerte no.

HORAC.—Vuestra juventud, vuestras gracias, pertenecen á Dios, y Dios dispone que viváis.

BÁRB.—(Excitándose.) No lo dispone. Horacio, no dispone lo que dices... No hay más camino para mí que entregarme al Destino, dejar morir al sér amado.

HORAC.—Eso nunca: vos, generosa y grande, le salvaréis por los medios que os propuse.

BÁRB.—El Destino manda que muera él, que muera yo... El y yo somos culpables. Homicida fué aquel día el Amor moviendo la voluntad de Leonardo y el brazo mío. Hoy es el amor justiciero, condenándonos á morir juntos.

FILEM.—Pero... (Horacio impone silencio á Cornelia y Filemón.)

HORAC.—Callad... (A Bárbara.) La idea de expiación, sinceramente lo digo, me parece una idea saludable. No seré yo quien os desvíe de ella.

BÁRB.—En mí se ha clavado esa idea. Desde que vino á mi mente, me sentí consolada... he visto mi liberación del tremendo castigo que querías imponerme.

HORAC.—No es castigo: es sentencia dictada por la única lógica que poseemos los humanos... ¿Qué habláis de morir? Aunque con terquedad y violencia intentéis abandonar este mundo, no será... no lo consentiremos.

CORNEL.—No lo permitiremos.

FILEM.—A la fuerza, como se sujeta á una criatura rebelde, te amarraremos á la vida.

HORAC.—Sois una existencia preciosa que á todos nos es necesaria.

BÁRB.—(Con mayor viveza y energía.) Yo os aseguro que moriré... ¿Quién podrá impedírmelo?

HORAC.—Yo, señora, yo. El tirano os prohibe atentar á vuestra existencia; pero no que sofoquéis vuestra ilusión y acabéis por matarla... no os prohibe el sacrificio, del cual bien puede salir ilusión nueva, más duradera que la pasada.

BÁRB.—¡Otra vez!... Déjame... Dejadme... quiero estar sola. (Se levanta; quieren contenerla; forcejea.) No estéis á mi lado... os aborrezco á todos... á tí también, Cornelia; á tí, maestro... (Se tapa los ojos.) No quiero veros. Devolvedme mi soledad... quiero estar sola.

HORAC.—Oidme, señora.

BÁRB.—Nada oigo... quiero el silencio... la soledad.

HORAC.—Yo os dejo morir, yo os permito que muráis. Mas no partiréis de este mundo sin recibir un mensaje que me han dado para vos.

BÁRB.—(Sobresaltada.) ¡Mensaje!... ¿Qué...? (Pausa. Horacio saca el librito y se lo muestra de lejos. Espanto y alegría de Bárbara, que retrocede.) Esa cruz... ese libro... es de Leonardo... es mío... (Ansiosa y suplicante, alarga las manos.) Dámelo... dámelo... (Al cogerlo, lo agasaja contra su seno.) ¡Oh, prenda dulcísima!

FILEM.—(Sin poder contenerse.) No te aflijas, hija del alma. Sabrás que...

HORAC.—(Imperioso.) ¡Silencio!

CORNEL.—No la atormentéis, señor...

BÁRB.—(Besa el libro. Desfallecida, cae en el sillón.) Es él, él mismo. Viene á mí en espíritu. (Besa el libro otra vez... lo contempla con arrobamiento.) Divino libro, divino por lo que contienes y por ser suyo... Hace un momento estabas en sus manos... en sus manos ahora yertas... En esta cruz clavó sus ojos... ahora cerrados á la luz terrenal. (Intención de abrir el libro; levanta la tapa; la mantiene entreabierta, con suave presión de los dedos...) Aquí se extasiaba su alma, prisionera del mundo... ahora libre en la eternidad... (Abre el libro y fija en lo escrito sus ojos... Lee rápidamente el primer concepto.) «Dios quiere que yo viva...» ¿Es verdad lo que leo?... ¿Estoy soñando?

CORNEL.—Vive... ¿no lo ves?

FILEM.—Y va en la peregrinación á Tierra Santa.

BÁRB.—(A Horacio.) Has sido al fin magnánimo.

HORAC.—Pretendo ser justiciero. Ayudadme, señora.

BÁRB.—(Ahogada en llanto.) ¡Oh, corazón mío, no esperabas esto! (Con emoción infantil, solicitando las caricias de Cornelia y Filemón.) Alegraos conmigo... llorad de alegría conmigo... Decidme que soy feliz, que merezco serlo.

CORNEL.—Y lo serás.

BÁRB.—Leonardo vive... y yo no moriré... (Lee.) «Abrazo vida de penitencia y expiación. Sigue mi ejemplo, amada mía... aprende la resignación que nuestras propias culpas nos imponen...» ¡Padecer, qué triste destino!

CORNEL.—La dulce conformidad te traerá la paz.

HORAC.—Leed el fin.

BÁRB.—(Lee.) «Busca la paz. Si al ir tras ella te sale al encuentro la adversidad, acéptala con dulzura... Adiós para siempre...»

(Pausa. Queda absorta, con grande emoción. Repite el último concepto.) «Acéptala con dulzura...»

HORAC.—Vivid, señora, y acceded á lo que os propuse.

BÁRB.—(Repitiendo, como en éxtasis.) «Busca la paz...»

HORAC.—¿Vacilaréis aún?

BÁRB.—¡Oh! no sé... (Con horrible turbación, luchando con las dos ideas que se disputan su voluntad.) ¡La paz... la adversidad...! No sé... (Entran Montanari y Silvio. Para hablar con ellos, Horacio se aparta de Bárbara.) No sé, no sé...

CORNEL.—¿Qué determinas?

FILEM.—¿Qué sientes?

BÁRB.—(Apretándose las sienes.) Una duda... quiero... no quiero... un dudar horrible... siento... no sé... como si estuvieran aquí los ejes del mundo y se movieran... La paz... la adversidad... El mundo se cae... el mundo se sostiene...

FILEM.—Decídete.

BÁRB.—(Recordando lo que ha leído.) No rechaces la adversidad... acéptala con dulzura...

HORAC.—(Aparte á Montanari.) Di á Monseñor que prepare todo...

MONTAN.—Creo que nada falta ya en la capilla.

SILVIO.—El Príncipe está aquí.

HORAC.—Que entre. (Vase Silvio por el foro.) ¡Supremo instante! (Vuelve junto á Bárbara. Aparece Demetrio en la puerta del foro, seguido de Silvio.)

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos.—DEMETRIO, SILVIO, MONTANARI, ROSINA, SERVIDUMBRE DE TÉRMINI.

HORAC.—Señora, el magnánimo Príncipe de Candía viene á solicitar vuestra mano. Dad con vuestro consentimiento un día feliz á estos leales amigos, que os adoran, y á la noble ciudad que os vió nacer. (Avanza Demetrio. Bárbara se levanta sostenida por Cornelia. Su actitud es grave, de intensa emoción serena. Vuelve el rostro hacia Demetrio y le mira fijamente, sin expresar ningún temor.)

DEMET.—(Turbado, tembloroso.) Bárbara... mujer... señora... aquí está Demetrio Paleólogo, el hombre sencillo, áspero, que anhela ser tu esposo... No te inspiren miedo mi fealdad, ni mis modales rudos, ni el obscuro color con que han pintado mi rostro los aires del desierto y de la mar...

BÁRB.—(A Horacio, con voz queda y dulce.) El rostro sombrío de la adversidad ya no me causa miedo.

DEMET.—El amor que me llama hacia tí, más es para sentido que para expresado... No sé decir ternezas... no sé poner en mis palabras la miel de la galantería... Ante tu hermosura, ante la nobleza de tu persona, soy torpe... tímido... ya lo ves... Amar sé... no sé enamorar... Pero á falta de términos floridos, te ofrezco un corazón sencillo y bueno... un propósito firme de hacerte la vida grata, dichosa.

BÁRB.—(Con idea fija.) «Adversidad, bien venida seas.»

DEMET.—Toma este corazón, toma esta voluntad mía, que no tiene más que dos anhelos: ser tu señor, ser tu esclavo.

BÁRB.—(Alarga su mano lentamente hacia Demetrio. Con expresión grave y actitud de éxtasis, la voz apagada y trémula.) Busco la paz... Al encuentro me sales tú... te acepto con dulzura. (Demetrio toma la mano de Bárbara y la besa con profundo respeto.)

HORAC.—(Expresando con la mirada y gesto el orgullo y la alegría del triunfo.) ¡Ah, victoria, ya te tengo, ya!

DEMET.—¡Mía es ya la diosa, la estatua viva!

BÁRB.—(Abrazando á Cornelia.) Deme Dios conformidad; deme fortaleza.

HORAC.—Monseñor espera en la capilla... (Impaciente.) Vamos... (Entran por el foro diferentes personas de la servidumbre; lacayos con librea, criadas.)

DEMET.—Antes de amanecer partiremos en una hermosa nave.

BÁRB.—Sí. Llévame al mar grande... al ancho espacio del mundo.

HORAC.—(Impaciente.) En marcha... pronto. (Oyese el coro de peregrinos que van al Calvario. Quedan todos suspensos. El coro avanza con ritmo grave.)

CORNEL.—(A Bárbara.) Son los peregrinos que van á Tierra Santa...

HORAC.—Vamos. (Demetrio da la mano á Bárbara. Marchan lentamente hacia la capilla. Siguen Cornelia, Montanari, Silvio, servidumbre. Avanzan acomodando el paso al ritmo del coro. Bárbara estrecha contra su seno el librito de Leonardo.)

FILEM.—(A Horacio, que al otro extremo del proscenio contempla el desfile.) Admirable, señor. Sois el supremo gobernante.

HORAC.—Artista, Filemón; artista no más... (Recorrida la mayor parte del proscenio, Bárbara se detiene, eleva sus ojos al cielo, oyendo el coro. Disminuye la intensidad de las voces.) Seguid. (Siguen hacia la capilla. Horacio termina la frase interrumpida.) Entretengo los ocios de mi tiranía modelando con la miseria humana la estatua ideal de la Justicia.

FIN DE LA TRAGICOMEDIA

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

A tres pesetas tomo.

La desheredada, dos tomos.—El amigo Manso.—El doctor Centeno, dos tomos.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido, dos tomos.—Fortunata y Jacinta, cuatro tomos.—Miau.—La Incógnita.—Realidad.—Angel Guerra, tres tomos.—Tristana.—La loca de la casa.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.—El Abuelo.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

A dos pesetas tomo.

Doña Perfecta.—Gloria, dos tomos.—Marianela.—La familia de León Roch, dos tomos.—La Fontana de Oro.—El Audaz.—La Sombra.

OBRAS DRAMÁTICAS

A dos pesetas tomo.

Realidad, drama.—La loca de la casa, comedia.—La de San Quintín, comedia.—Los Condenados, drama.—Voluntad, comedia.—Doña Perfecta, drama.—La Fiera, drama.—Electra, drama.—Alma y Vida, drama.—Mariucha, comedia.

EPISODIOS NACIONALES

EDICION ECONÓMICA

A dos pesetas tomo.

Primera serie: Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—*Segunda serie:* El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.—*Tercera serie:* Zumalacarregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Bodas Reales.—*Cuarta serie:* Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.—La Revolución de Julio.—O'Donnell.—Aita Tettauen.—En prensa: Carlos VI en la Rápita.—En preparación: La vuelta al mundo en la Numancia.—Prim.—La de los tristes destinos.

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

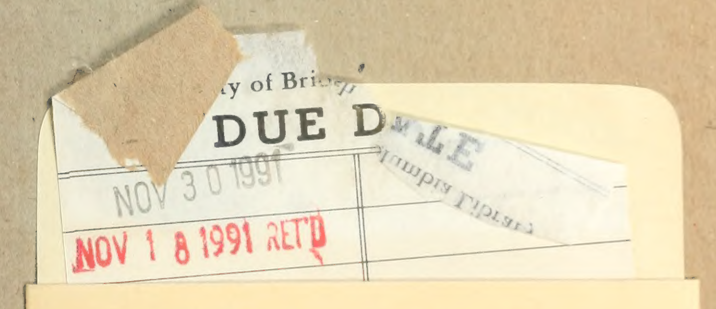
Diez magníficos volúmenes conteniendo cada uno dos títulos y numerosos facsímiles de reputados artistas, 85 pesetas.—Tomo suelto, 9 pesetas.—Cuaderno (consta la obra de 92), 1 peseta.

Discursos académicos: un tomo, **2 pesetas.**

EN PREPARACIÓN

Edición ilustrada de **Doña Perfecta**, con dibujos de Pellicer.


UNIVERSITY OF B.C. LIBRARY
3 9424 02076 5092


...ty of Bri...
DUE D...
NOV 3 0 1991
NOV 1 8 1991 RET'D

